

# LA ESPERANZA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



**AZORÍN**, que acaba de publicar la «novela de los que trabajan y sufren».

## Los presos gubernativos

¿Qué razones hay para que sigan detenidos gubernativamente algunos obreros que, como el resto de los trabajadores madrileños, tomaron parte en la huelga general de Madrid? ¿Y cuál es la causa por la cuál están en igual situación en otras localidades de España otros muchos trabajadores contra los cuales no se sigue procedimiento judicial? Es muy extraño que después de terminadas las huelgas y tramitados los sumarios por las autoridades correspondientes, la Dirección de Seguridad persista en tener detenidos a una porción de hombres que no están incurso en ningún delito. El ministro de la Gobernación debe comprender que tales procedimientos tienen que causar disgustos e inquietud en los núcleos del proletariado. No creemos que sea designio del Gobierno excitar las pasiones de los obreros ni provocarlos para que adopten actitudes extremas. Pero es lo cierto de que tales medidas contribuirán a que los obreros se consideren perseguidos injustamente cuando no hay otra razón para persistir en los encarcelamientos que una equivocada táctica gubernativa.

Se ha dicho mil veces en la Prensa, y es necesario repetirlo, hasta que el Poder público dé oídos a estas reclamaciones indeclinables: si hay delito, que sean los jueces los que lo aprecien y castiguen. Pero no es admisible que una porción de hombres desposeídos de valedores estén sufriendo pena de cárcel por una mal entendida previsión policiaca y que sus familias atraviesen penosísimas situaciones, hasta el punto de faltarles lo más elemental para la subsistencia. La argucia de que los obreros están incurso en el caprichoso epigrafe de «elementos peligrosos», no puede ser admitida sin protesta por parte de las conciencias dignas. Pero llegamos incluso a admitir la doctrina de la peligrosidad, aún convencidos de su improcedencia. Revisense los expedientes e informaciones de los presos, y se convencerán las autoridades de que ninguno de ellos pone en peligro el orden social. Es, por tanto, manifiestamente injusto el encono con que se les trata.



## EDITORIALES

### LA CAMPAÑA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

En un número de NUEVA ESPAÑA, que no llegó a salir al público porque la Policía se apoderó de todos los ejemplares de la imprenta, elogiamos el artículo que don José Ortega y Gasset escribió en «El Sol» con el título de «El error Berenguer». Aquellas apreciaciones del ilustre pensador, verdadero orgullo de la intelectualidad española, fueron quizá las más justas, rotundas y acusatorias de cuantas se hicieron contra el régimen en estos últimos tiempos. Autoridad tan indiscutible como la de este escritor, repudiaba las soluciones políticas que se imponen al país arbitrariamente, e interpretaba de modo insuperable el sentir nacional. Ahora, el señor Ortega y Gasset ha escrito otro artículo, que intitula «Un proyecto» donde examina sagazmente la hora española y analiza posiciones de izquierdas y derechas. Es, también, este trabajo una crítica invulnerable de la vieja política—incluso de la vieja política de la oposición—. Pero nosotros, con los mismos argumentos, llegamos a conclusiones diferentes. También somos opuestos a la política declamatoria de las izquierdas en cuanto enuncia una revolución que no transforme la sociedad española. Pero estimamos que la Junta magna para la reorganización del Estado español, que propugna don José Ortega y Gasset, tendría tal vez vicio de origen de hallarse compuesta por hombres cuyos intereses están vinculados al Estado feudal que hoy pesa sobre los españoles. Ahora bien: también creemos que el camino que señala don José Ortega y Gasset es el único fecundo para lograr una evolución política que a nosotros nos parece tardía y retardataria; pero que los políticos profesionales están demandando constantemente para resolver los grandes y urgentes problemas. Mejor que unas Cortes extraordinarias y que unas Cortes constituyentes—de posible falsificación—, ese movimiento que preconiza el señor Ortega y Gasset influirá más hondamente en el Estado y la sociedad española. Dentro de la fórmula pacífica y evolucionista, tiene las ventajas de congregar todas las fuerzas liberales y hacerles pensar en serio, no en el Poder, sino en la eficacia. Lograda esa cohesión, esas fuerzas dictarán, incluso, la forma política del Estado.

Pero nosotros creemos en la revolución. Pero no en la que pueda nacer de un pronunciamiento, ni la que quieran imponer los elementos moderados. Creemos en la revolución que haga para sí el pueblo español, dándose

# NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA

JOAQUIN ARDERIUS

JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS 41

M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATED

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

dose el Poder a sí mismo, a la democracia que produce y crea, que es la verdadera democracia, aunque nosotros, por distinguirnos de ciertos escritores y ciertos políticos, escribamos la palabra con minúscula.

### MERIENDA DE NEGROS

Don Gabino Bugallal ya está preparando su opipara orgía electoral.

Ya pacificados los espíritus por Berenguer, con sus sedantes procedimientos de procesamientos, recogida de revistas y periódicos, expulsión de escritores, multas, encarcelamientos, matanza de obreros y, en fin, administrando una opresión brutal, que nunca fue vista ni aun en los países más esclavos, Bugallal olfatea las actas y llama a su pandilla de negros caníbales, para que se preparen a disfrutar una buena merienda.

Los negros acuden a la voz del jefe, para ir a las elecciones, como moscardas atraídas por la peste del anca de una mula muerta.

¡Qué a gusto van los conservadores, a las urnas, a reclamar los sufragios, en esta calma de grilletes, tan elogiada por el ministro de la Gobernación!

Los comadreos electoreros que están celebrando en casa de don Gabino los gansos negros conservadores—gansos por la edad—son una vergüenza, que le tiñen de rojo las mejillas a los hombres que sufren rubor cuando notan la ausencia de decoro en algún ser de la especie.

¿Qué se propone, qué ambiciona esta pandilla de caciques?

## NUEVA ESPAÑA

Es un asco que pone enferma la dignidad humana y produce náuseas el merodeo de los bugallalistas alrededor de las actas.

¿La mayoría de esos doscientos actos de propaganda electoral que ha concedido, para su celebración, el señor Matos, habrán sido solicitados por los partidarios de estas hachas políticas? ¡Con razón se siente el ministro de la Gobernación tan ufano ante un movimiento de propaganda tan considerable!

Ante la realidad de los hechos no hay más remedio que felicitar al Gobierno porque está logrando la normalidad en España.

Ni las declaraciones histriónicas del Gobierno, ni la ola de podre que levanta la vesania de ambición de los monárquicos, ni la bárbara opresión de que es víctima el pueblo, lograrán meter la vida del país por el viejo embudo que estalló hace siete años, dando a luz al dictador Primo de Rivera.

La situación de España es un tópico, de tan clara: que la Dictadura es un estertor del régimen vigente y que hay que construir otro.

Hay que formar un nuevo Estado, señores bugallalistas; en esto están de acuerdo todos los hombres de España que tengan alguna vibración de pensamiento, desde los de las derechas hasta los de la izquierda más extrema; todos los hombres con masa gris en el cráneo, todos menos ustedes y sus congéneres.

No importa que esta pandilla de negros se relama en el despacho de don Gabino, al olfatear las actas de diputados, que los afiance en sus altos cargos de consejeros de las grandes Compañías y les afile las uñas de sus garras de cacique, únicos móviles que les hacen actuar en la vida pública del país.

No importa que vuelvan a ser diputados y ministros. El Estado deshecho por el servilismo patológico a la Monarquía y por la ambición de dispensa doméstica de estos negros, no va a ser restaurado por las mismas lacras que lo destruyeron. No, los mismos hombres que arruinaron y desacreditaron al país no pueden restaurarlo, por muy obesa y muy optimista que sea su contumacia.

Pueden reunirse lo que quieran, preparar su merienda, salir triunfantes entre el asco de la opinión consciente y la fuerza de flaqueza del régimen. Todo será inútil para que siga esta vileza y esta ruina. Nada podrá este enjambre de moscardas que zumba en el despacho de don Gabino, preparando su orgía, porque el pueblo fatalmente se levantará una mañana, no lejana, merendándose a los negros y construyendo el nuevo régimen de los trabajadores.



# VIDA ESPAÑOLA

## Los republicanos de Almansa

Los republicanos de Almansa han celebrado estos días pasados una sesión para elegir su nuevo Comité directivo, por cese reglamentario del anterior.

Esta nueva Junta ha quedado formada: Agapito Salgado Corchado, presidente; Aurelio Villaescusa Bueno, vicepresidente; José Ros Cambra, secretario; Pedro García Infantes, vicesecretario; Fernando Sémper García, tesorero; Vicente Quiles Martínez, contador, y Francisco Serrano Cuenca, Valeriano Bordi Sanz, Manuel Rodríguez García, Diego Tomás Casabuena, Jesús Sánchez Cuenca y Romero Marín, vocales.

Una vez posesionados de sus cargos, han lanzado un manifiesto a la opinión liberal, declarando los móviles que les alentarán desde la responsabilidad de los difíciles puestos que les ha confiado la opinión.

Manifiestan que, desde la conjunción diligente, ellos también estarán dispuestos al sacrificio y trabajarán por un ideal de justicia, como lo hizo la anterior Junta. Aseguran ostentar el valor moral y material de la unión colectiva, para que triunfe la clase oprimida, afrontando todos los peligros que constantemente le salen al encuentro a la marcha de la Humanidad.

Para conseguir sus deseos no vacilan en que estarán mereciendo la confianza que el pueblo democrático ha depositado en ellos, asegurando no retroceder ni un paso, por muy difíciles que se presenten los momentos, en la ruta que España tiene emprendida hacia la creación de un nuevo derecho y una generación consciente, que dignifique y beneficie a todos los ciudadanos. Condensando el esfuerzo en este ideal: «Pan, Tierra y Libertad».

También solicitan el concurso material de todos los afines. Y a los obreros les dicen: «Es necesario, empero, la colaboración de todos, y si en el pensamiento de los obreros republicanos de ésta es la cuota mensual de una peseta la que materialmente le tiene alejado de este Círculo, esta Junta directiva, segura que respondéis a nuestro llamamiento, ha tomado el acuerdo de establecer una cuota voluntaria y mínima de 25 céntimos mensuales, pagaderos en vencimientos de cuatro meses y mediante recibo de peseta.»

Abogan por la unión de todos para

que no queden impunes la chulería lírica, desvergonzada y reaccionaria de los siete años de la Dictadura de Primo.

Combaten el catolicismo: «Aportar vuestro concurso para la liberación del espíritu y el sagrado derecho de la conciencia ahogado por el grasiento mugre clerical, que mata el sentido fundamental de la vida: la libre expresión del pensamiento.»

Proclaman ser: «Pueblo, Juventud, Comprensión y Reconstrucción». Y porque son eso, manifiestan venir sin miramientos de privilegios de ninguna clase a trabajar por la transformación de este abominable régimen de caciquismo y de infames desigualdades, para consolidar otro que tenga la política, la economía y el derecho, que se están gestando en la conciencia universal de la nueva sociedad que nace y el imperio de la igualdad ante la naturaleza.

**El hombre de alma virtuosa, ni manda ni obedece. El poder, como la peste, mancha todo lo que toca, y la obediencia, azote del genio, de la virtud, de la libertad y de la verdad, hace esclavos a los hombres, y del organismo humano un autómatas, una máquina.—SHELLEY.**

## VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

### VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas.

Ayuntamiento de Madrid



—¿Otra vez la misma función?  
—Pero si esta compañía lo hará tan mal o peor que la otra.

## Palabras del inmortal Costa

**Lo que deben combatir los españoles como a perros rabiosos**

**S. M. EL CACIQUE**

«La forma de gobierno en España—decía—es una Monarquía absoluta, cuyo Rey es S. M. el Cacique. Y como las personas honradas no suelen dedicarse a ese oficio, que requiere ser moralmente una condición inferior, resulta que, así como los griegos inventaron un gobierno llamado aristocracia, que en su lengua quiere decir «el gobierno de los mejores», nosotros hemos inventado el «gobierno de los peores»; y ese es el régimen político que impera hoy, lo mismo que en el siglo pasado y que en el anterior, en nuestra desdichada España. ¿Y sabéis por qué, labradores? ¡Porque sois unos cobardes! Valientes para luchar contra todo el poder del cielo en esas épicas milicias de la agricultura; cobardes para alzar el pie y coger debajo unas cuantas alimañas con nombre de caciques, que os tienen sujetos a sus conveniencias y os hacen amarga la vida y os convierten en un rebaño sin dignidad de hombres, noventa años después de haberse proclamado el santo principio de la igualdad de todos los hombres ante el derecho»...

## Jiménez Asúa, en Madrid

Está en Madrid definitivamente, de regreso de Bolonia, adonde había ido después de su viaje a América, nuestro querido amigo y colaborador don Luis Jiménez Asúa.

En los momentos graves que atraviesa la política española, la presencia de Jiménez Asúa representa una esperanza para las nuevas generaciones que entienden de manera distinta a las pasadas.

Sea bienvenido el ilustre profesor.



# PUEBLO

por AZORIN

*El gran escritor acaba de publicar su obra Pueblo. Novela de los que trabajan y sufren. El intelectual se siente compañero de los trabajadores manuales. Nunca Azorin ha escrito páginas tan humanas, fervorosas, resueltas y precisas. He aquí dos capítulos:*

**ANGULOS.**—Hacecillos o manojos de líneas, de líneas rectas. Las líneas se van separando; unas forman ángulos agudos; otras forman cuadrados. Dos líneas en ángulo agudo y cuatro líneas en cuadro. Muchos ángulos agudos y muchos cuadrados. Los ángulos se ladean y acaban por ponerse con el vértice para abajo; una larga hilera de ángulos agudos con la punta hacia abajo. Los cuadrados se van agrandando y comienzan a doblarse. Se doblan formando triángulos. Fines de septiembre; comienzos de octubre. Los ángulos van desprendiéndose y cayendo; caen las hojas; las hojas de los árboles; caen con el pico hacia abajo; ángulos más o menos agudos, que llenan los campos. El tapiz de las hojas; los ángulos amarillentos que no cesan de caer. Y al caer los ángulos, conforme va desapareciendo el calor y apareciendo el frío, los cuadrados que acaban todos de doblarse en triángulo. Triángulos que aparecen en todas partes. Los ángulos de las hojas que descienden, y los ángulos de los triángulos que ascienden. Mantones; ángulos de los mantones. Mantones que surgen con el frío. Van ciñéndose a los bustos y adquiriendo una vaga figura de encapuchado. Los primeros encapuchados en el frío de otoño; de mediados de otoño. El manto ceñido al cuerpo y el bulto del niño; el niño arropadito en el manto, junto al pecho de la madre. Evolución de las líneas, desde los haces o manojos, hasta el cuadrado de los mantones y el ángulo de las hojas que van cayendo. Sincronismo entre la caída de unas líneas y la aparición de las otras. El frío que arrecia; las últimas hojas que acaban de caer.

.....  
El cielo gris. La legión formidable de los encapuchados; ángulos en el cielo gris del invierno. Futuros obreros; futuros carpinteritos, herreros, albañillos; toda la legión del trabajo en lo por venir, que asoma a veces la mancha rosa de la cara por el capuchón. Aceleramiento, y los ángulos que vertiginosamente asoman y desaparecen. El tiempo que se apresura, y la floración de los encapuchados que dura un instante y luego cede el pue-

to a otra. Las generaciones de encapuchados que se suceden vertiginosamente. Ángulos que caen en un segundo de los árboles, y encapuchados que surgen rapidísimamente junto al busto de las madres. Y el trabajo formidable de las fábricas, las minas, los campos, los talleres, que se prosigue inmenso y aterrador. El trabajo, que es como un huracán que se va llevando, impetuosamente, como si fueran hojas débiles, los ángulos de los encapuchados. Desde el seno de las madres, al igual que una vorágine formidable, a las fábricas, los campos, las minas y los talleres. Ángulos que caen; ángulos que surgen.

**PERRO.**—2.—En la ciudad yo no enía amo ni sabía lo que hacer; no conocía tampoco las calles; pero las aprendí pronto. Un perro cojo inspira simpatías a todos, con tal de que no sean guarda-jurados. Todos me trataban con cariño; yo iba, por ejemplo, a las casas en construcción, a la hora en que los albañiles comen; y ellos me daban siempre algo con que remediar mi necesidad. Aprendí también el camino de la estación, y allá me iba al paso de los trenes; los restaurantes de los expresos han hecho que no se lleve merienda cuando se va en el tren; pero todavía quedan pobres que no pueden comer donde comen los ricos; estos pobres me tiraban a veces por la ventanilla piltrafas y huesos, que yo comía con deleite; con deleite y gratitud. Dice el refrán que «más da el duro que el desnudo»; no lo crea usted; el duro, el rico despiadado, no da nunca nada; el desnudo, o sea el pobre, es verdad que no tiene nada que dar; pero puede interceder por nosotros y hacer que se nos remedie; en todo caso, sus palabras cordiales valen más que los mendrugos que desdeñosamente nos pueden dar los poderosos. Pero, en fin, lo que quiero decirle a usted es que va mi vida estaba decidida; ya mis ideas habían sufrido una honda transformación con lo que hizo conmigo el guarda-jurado. En una palabra, yo tenía ideas revolucionarias; yo era un completo revolucionario. Pronto lo supieron los otros perros que encontraba en mis andanzas por la ciudad; esos perros eran también partidarios de un nuevo orden social; tenían también como yo un ansia ferviente de renovación. Yo, en mi afán de hacer algo por el ideal, cavilaba y tornaba a cavilar; no se me ocurría lo que yo podría hacer en pro de mis ideas de renovación y en contra de una sociedad basada en la injusticia y en la tiranía. La catedral no me preocupa-

ba; algunas veces entraba en la catedral; pero el azota-perros o pertiguero no me arrojaba violentamente, como hacía con los demás perros; me antecogía con cariño y me iba llevando hasta la puerta. El Gobierno civil tampoco era el objeto de mis preocupaciones. Un Gobierno u otro Gobierno en la capital de la nación, todo era lo mismo; todo era autoridad. La raíz del mal estaba en otra parte; yo lo sabía, y por eso meditaba otra cosa. Un día... ¿Qué creará usted que hice? Pues un día entré en un gran edificio, y sin que me viera nadie, comencé a orinar. Sí, señor; me oriné en lo que yo creía que era el origen de todo el mal social. Me oriné en la sucursal del Banco de España. El capital; esa es la raíz de todo; el capital, eso es lo que hay que atacar. Yo, al orinarme en la sucursal del Banco de España realizaba el acto más revolucionario que podía realizar. Se lo dije a los otros perros que tenían las mismas ideas que yo; todos me felicitaron y quisieron hacer lo mismo. Todos fuimos allá, cuando no nos veía nadie, y nos orinábamos en el zaguán o en las paredes exteriores del edificio. Pero a mí me gustaba más ir solo, ser yo solo, con mi responsabilidad exclusiva, el que fuera al Banco a orinarse. Entraba siempre en el zaguán; un día, más atrevido, subí por las escaleras, y en lo alto solté el chorrito de orina. Estaba ocupado en esta operación cuando sentí que ponían la mano en mi cabeza. Y al mismo tiempo decían:

—¡Hombre, un perrito cojo!

Levanté la cabeza, y era nada menos que el director del Banco; me quedé frío; pero el director, a quien yo había visto muchas veces, me pasaba suavemente la mano por el lomo; después, sin darme yo cuenta, me llevó hasta su automóvil y me metió dentro. No es preciso, con este principio, que le diga a usted lo que aconteció luego; el director me trataba con todo afecto; fui yo el que un día me marché; de nuevo comencé la vida libre. Ahora había aprendido una verdad que antes ignoraba; había aprendido...

Estábamos los dos, el perrito cojo y yo, tendidos en la hierba; la hierba formaba un tapiz suave; el cielo estaba azul. Tendidos como nos hallábamos, contemplábamos la inmensidad del cielo y veíamos pasar las nubes. Nos sentíamos libres en medio de la Naturaleza. El perrito se levantó, acercó su hocico a mi oreja y me dijo en voz queda:

—Aprendí entonces una verdad que yo ignoraba; aprendí que, cuando no se tienen medios para hacer la revolución, todo lo que se haga es como orinarse en las paredes del Banco de España.



# ideas políticas

## LA IGLESIA Y EL ESTADO EN ESPAÑA

por ELFIDIO ALONSO

Con esa incapacidad que tiene el liberalismo para enfrentarse a lo concreto, contempla la opinión pública española el espejismo de la reacción clerical y atribuye, con ingenua interpretación, a los nuevos ataques del laicismo, esta fase reactiva de la Iglesia, que no es sino su recta trayectoria al través del tiempo en su misión de conducir al Estado.

Volvemos a ver—al levantarse el telón rojo de censura, que negaba razón a los hechos—cómo desde las sillas de las altas dignidades y desde los claustros y sacristías se intervienen en asuntos teóricamente alejados de los fines de la Iglesia; sin embargo, este problema esencial y con caracteres generales medularmente inculcados en la actual estructura nacional, se plantea por el liberalismo español, de una manera limitada y circunscrita a atisbos desencadenados, zahiriendo a flor de piel, con humorismo de periodista progresivo, lo que constituye un estado vertebral en la evolución ibera.

En los albores de la gran reforma de España, es una miopía suponer que el problema de régimen es lo que ocupa el primer plano, y aislar a éste de su religión y relegar aquélla a segundo término, cuando ha sido el alcaide del Estado, es simplemente una vaciedad o una farsa; porque la Iglesia es la causa formal del Estado español. Tienen razón los que han dicho que el catolicismo es consustancial con España, porque España ha sido el Estado y el catolicismo ha sido aquí la Iglesia española.

Cuando la Iglesia dejó de ser la ciudad de Dios y la autocracia del mundo—que fué con Inocencio III, cuando en pleno Renacimiento ya los príncipes cristianos no ponen sus espadas al servicio del Papa, sino en contra del Papa y el monje Lutero predica: que el catolicismo había dejado de ser religión para convertirse en política, España como todos los países románicos se abraza al Vaticano, siendo entonces el gran Imperio de los Austrias, que desde el corazón de Europa extienden su manto hasta el océano Pacífico, el catolicismo; el Concilio

de Trento—obra española—y la legión de San Ignacio son la simbiosis entre el poder espiritual de San Pedro y el poder temporal de El Escorial; y el Estado español es la Iglesia.

La derrota de la «Armada Invencible» fué la derrota del catolicismo. La Reforma salió flotante con las naves victoriosas y con ellas se salvó el mundo germánico y la ciencia, mientras la concepción sintética del Universo que nos legara la Edad Media hizo presa en la cultura románica, cuyo Estado quedó prisionero del abrazo que le dió la Iglesia. La evolución posterior del espíritu, que logró asimilarse las ideas de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Torricelli, de Lavoisier, de Kepler, emancipándolo de las normas absolutas del catolicismo y revelándolo con teorías de Descartes y Leibnitz, preparó a los pueblos latinos para los conceptos «yoístas» de Luis XIV, y el Estado, nacionalizado, pudo imponer las proposiciones de regalias. Sin embargo, la Monarquía española era para los españoles, todavía en el siglo XVII, «cadena de los infieles, columna de la fe, trompa del Evangelio y primogénita de la cristiandad».

En el siglo XVIII, Tracia se había salvado del embotamiento de la cultura católica, el neoclasicismo y la filosofía racionalista la apartaron de la educación de los Jesuitas. El hombre

se da cuenta de que el pensamiento debe regir la realidad espiritual y viene el triunfo de lo *pensante*, el triunfo de París contra Francia, de Francia en contra de Europa—es la Revolución francesa.

Al venir los Borbones a España, el Estado es la Monarquía, nuestro sistema político es el absolutismo, pero casi en ningún momento fué el despotismo ilustrado. La Iglesia ha perdido universalidad—catolicidad—, y los Reyes procuran aminorar las intervenciones de la Curia Romana en los asuntos de la Iglesia española (Concordatos, Tribunal de la Nunciatura). Cuando se expulsa a los Jesuitas (pragmática de 1771), la mayoría de los prelados y seglares se adhieren a esta expulsión y contribuyen a motivarla. La Iglesia se nacionaliza, y si los príncipes no son ahora la Iglesia, unos y otra se compenetran.

«La religión católica—dice Hegel—es muy recomendable para los príncipes, pues colabora a la seguridad de su gobierno, sobre todo cuando la inquisición está unida con el gobierno y sirve de arma a éste. Pero esta seguridad radica en la servil obediencia religiosa; y sólo existe cuando la constitución política y todo el derecho del Estado descansa todavía en la propiedad positiva.»

Esta es la tragedia del alma española, que, ausente de todo pensamiento, ha abandonado su realidad espiritual a los preceptos absolutos del catolicismo, su conciencia ha estado sometida a rígidas reglas y la profunda aspiración del alma humana hacia la libertad ha sido casi desconocida por el genio español, de quien pudo formular Menéndez Pelayo ¡a fines del siglo XIX!, que era eminentemente católico, y que la *heterodoxia* es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera.

Una interpretación de Hegel sobre el espíritu español sirve para completar este esquema: «Los españoles son el pueblo del honor, de la dignidad personal individual y, por tanto, de la gravedad en lo individual.

»Ponen la dignidad en el nacimiento.

### GESTOS

Una palabra, una sola palabra de disculpa, cuando «no puede» explicarse una actitud, ¿cómo decirlo sin el temor de que una mueca ridícula tuerza el labio de quien la pronuncia?

\*\*\*

Las almas fuertes y sinceras prefieren el silencio a la más leve mentira que pueda empañarlas.

\*\*\*

No se es sincero sino consigo mismo. La única traición es la que se comete con el propio sentimiento.

A. CHIRALDO

Ayuntamiento de Madrid



## DON BÉNITO, DEJÓ DICHO...

Si quieres que sigan gobernando a la nación el capricho de un Rey o la ambición infame de media docena de lacayos; si quieres que todo el manejo de la fortuna del reino esté al arbitrio de una mujerzuela o de un palaciego adulador; si quieres que la parte principal de la riqueza del país sea chupada por un enjambre de holgazanes corrompidos, sin ley de Dios ni de los hombres; si quieres que la ignorancia y la barbarie de los pueblos sean ley del Estado, y que se proscriban los libros como una plaga; si quieres que un capellán de monjas más estúpido, aunque menos grandioso que Fr. Gerundio, ponga su veto a las obras del entendimiento más sublime; si quieres que siga este envilecimiento en que tantos seres viven, gobernados como carneros, sin saber pedir cuenta de su conducta a los que gobiernan; si quieres que todos los hombres eminentes se mueran de miseria y dolor en los calabozos o presidios de África, y que los mejores títulos para escalar las altas posiciones sean aquí la adulación, la bajeza, la nulidad, la ignorancia, la intriga; si quieres esto Pipaón, ¿para qué has salido de Palacio y has entrado en el Club?

(Pérez Galdós, en «La segunda casaca». Tomo VII de los «Episodios Nacionales», página 167.)



La casa se hunde;  
los canes desertan;

sólo tres chuchos  
devotos, esperan,

que evite un milagro  
la fatal tragedia.

to y en la patria, no en la razón. Su caballerosidad ha descendido así hasta convertirse en un honor inerte que es bien conocido: la grandeza hispánica. En la industria han permanecido rezagados, las clases del Estado no han logrado la independencia. El Estado y la Iglesia no se han encontrado en oposición, porque ambos han dejado incólume aquella dignidad individual; se han protegido por medio de la Inquisición, que ha tenido un carácter duro, africano, y no ha permitido la génesis del «yo» en ningún aspecto.

Ese «yo» es, en este caso, la reivindicación del tercer Estado—el Estado llano—de la Revolución francesa, la intervención del pueblo ausente del Estado y que ahora lleno de racionalismo se propaga y «cuya religión es la crítica y cuyos números no son deidades, sino conceptos» (Splenger).

La primera vez que el «yo» reclamó su puesto en España, en las Cortes de Cádiz, nada se hizo en contra del laicismo que introdujo Napoleón y su hermano, suprimiendo las Ordenes religiosas; pero como aquel «yo» y el espíritu de la ruta, París, Moscú, El Cairo, Madrid, eran contradictorios con la mentalidad general, el alma española aclamó al Deseado, que en el

manifiesto de Valencia restituyó todas las prerrogativas. Luego ya se sabe, liberalismo progresivo y Estado con el padre Claret (este Cisneros de la Corte de los Milagros) y Sor Patrocinio.

(El carlismo, los forajidos Merino y Santa Cruz y el cerrilismo clerical de los distritos rurales son estampas coloristas a las que no hace falta invocar para apoyar esta argumentación.)

Las Constituciones de post-guerra han transformado los Estados, nuevos elementos han sustituido a las materias primas. En España luchamos todavía por incorporar el «yo», pero éste es incompatible con la Iglesia.

Por eso hablar aquí de Iglesia neutral o republicana es una especulación antihistórica, o quién sabe si será una habilidad clerical para que la recojan los rebeldes con lastre de algún padre jesuita.

**CIUDADANOS: AHORA O NUNCA**  
Este es el momento de no regatear ningún esfuerzo, ningún sacrificio a la causa de la Libertad, de la Justicia, de la República.

Ayuntamiento de Madrid

## LA ESTATUOMANÍA ]

### El rey de los paraguas se ha hecho levantar una estatua con los atributos de Júpiter

La vanidad humana llega a límites inconcebibles.

Ahora se ha puesto de moda en Nueva York erigirse estatuas uno mismo, por si las generaciones venideras se olvidasen.

En Chicago, la estatuomanía ha alcanzado grandes proporciones.

El rey de las sardinas se ha hecho representar por el escultor en una actitud napoleónica.

Una «mis» protectora de un orfelinato, llevada sin duda de su generosidad, ha regalado al establecimiento su efigie en mármol blanco.

El propietario de una casa de baños se ha hecho representar con el tridente de Neptuno, y el rey de los paraguas con los atributos de Júpiter tonante.

Menos mal que gracias a esto los escultores de Chicago ya no pasan agobios pecuniarios.



## ESPAÑA

¡Olé! ¡Olé! Los extranjeros de calidad venían arrebatados. ¡Dictadura en España! ¡La Inquisición! ¡Qué interesante! ¡El ministro del Interior degüella, por su propia mano, a los liberales, en la Avenida iluminada de la Exposición de Barcelona, mientras Fleta canta el *Addio a la vita*. ¡Olé! ¡Olé! ¡Muy español! ¿De dónde llegan esas leyendas odiosas? El dictador, tan buenazo como es, con su panza de generosidades y su blanda sonrisa de compadre está realmente disgustado. Consejo de Ministros. ¡Hombre, a ver cómo arreglamos esto! ¡Pobre España! ¡Yo la quiero mucho! ¡Y yo también! ¡Y yo! Pues entonces: ¡Viva España! ¡Viva! Ya está.

Los extranjeros de calidad regresan a sus países. ¡Todo eran calumnias! ¡Lo hemos visto! (1). El Rey da la mano a todo el mundo, y el dictador, ¡oh!, un hombre jovial y simpático con el corazón abierto a todas las debilidades. Las Exposiciones dos ascuas de luz. Las carreteras pueden compararse a las mejores de Francia. El proyecto de la Ciudad Universitaria, algo fantástico. Mucho automóvil, y ¡qué joyas en las damas de la Corte! Sí, pero dígame: ¿en España hay alguien ya que sepa leer y escribir?

## ITALIA

Luego de cientos de Museos, había que visitar todas las excavaciones. Por todas partes se desenterraban ciudades. Y al final, el lago Nemi, para ver las galeras de Calígula. No cabía duda de que Italia seguía siendo el eterno país del arte. Eran opiniones de los extranjeros de calidad, mientras recorrían el claustro románico de una antigua abadía. De pronto oriflamas y bullicio de desfile militar. Hay que asomarse a una de estas ventanas doradas de siglos. Las juventudes fascistas trotaban las calles con sus camisas negras y sus brazos—antenas del cesarismo—. Todo tan sincero, tan espontáneo. ¡Oh!—piensa el burgués estremecido de delicias—he aquí el muro de contención del socialismo.

Y una dama inglesa, engreída de sus libertades británicas, le ha preguntado a un guía del Coliseo, creyendo dirigirse a toda la opinión italiana:

—¿Se le quiere al dictador?

—¡Oh, signora! No se le quiere: se le adora.

Bien claramente lo demostró la opinión pública el día del último festejo. Toda, toda Italia allí: la familia real,

(1) ¡Un país democrático!

# LOS 3 DICTADORES

por JUAN GIL-ALBERT

los ministros, los embajadores, los representantes de la Ciudad Vaticana. ¡40.000 almas, sin distinción de partidos! ¡Había hasta quince socialistas! Y todos se preguntaban: ¿Y el dictador? ¿Dónde está el dictador? En el centro de la plaza, unos obreros comenzaron a excavar la tierra con sus azadones; una emoción febril, ¿algún nuevo tesoro? ¿Una cabeza de senador? ¿Los restos de un peristilo agusanado? ¡No! ¡Era él! ¡El dictador coronado con el laurel como un César, extraído de los escombros a los gritos frenéticos de ¡Ave! ¡Ave Divino!

Realmente, no puede negarse que Italia marcha a grandes pasos hacia una organización nueva: hacia la Arqueología.

## RUSIA

Cuando los extranjeros de calidad llegaron a Rusia, Moscú les azotó los nervios asiáticamente. Moscú tenía en flor, como si acabaran de abrirse todos sus campanarios, sus torres, sus flechas, sus cúpulas, sus chapiteles. ¡El Kremlin! ¡Y ahora, están esos hombres en los palacios del Zar! ¡Qué curioso! El mundo hundido del zarismo, sus fachadas bizantinas—¿quién les habría colocado la primera pie-

dra?—desde el fondo de su razón de ser veían pasar, como anestesiados, la fragante osadía de la Historia.

¡Camarada! ¡Camarada! ¡Camarada! ¡Camarada! En todas las esquinas, en el «hall» del hotel, en el vagón del ferrocarril, en los almacenes de la Avenida Newsky. ¡Camarada! Para unos días no está mal, *my idear*—y el caballero inglés ha dejado colgar su monóculo sobre la risa contenida de los espectadores. Los espectadores que ocupan el patio de butacas—generación comunista—se distraen cazarroamente observando el palco burgués.—Un proscenio reservado por el Gobierno de los Soviets a sus visitantes oficiales—. Sobre las cabezas de la juventud marxista va desovillándose un hilo de esencia. Sabrosos comentarios: ¿Pero vendrá a saludarnos el dictador? ¡Oh! ¡Qué duda cabe! ¡Qué interesante! ¿Cómo serán esos hombres de cerca?...

En el Kremlin. Después de muchos tránsitos, de muchas antesalas, de muchos salones: todo adormilado entre brillos recónditos. Al final un despacho humilde, repleto de papeles. El dictador escribe. Suena el teléfono diciendo: «Y el caso es que alguien habrá de ir al teatro a saludar a esos.» Al dictador le han brillado los ojillos con una gracia de chico malo.—Bien, responde, que vaya quien quiera. Yo no voy. Mucho trabajo y, además, nunca me encontré a gusto entre canallas...

En el mismo momento, una dama del proscenio sintió un escalofrío por el raquis y se comió un bombón.

El Mundo había dado una gran vuelta de campana.

Noviembre 1930.

## EL PARAISO DE AHORA



Esta vez me parece que Adán no se dejará conquistar por la manzana.

(De «L'esquella de la Torratxa»).



# Literatura contemporánea rusa

por ALFREDO CABELLO

## I. CONSTANTINO FEDIN

Es indudable que para comprender la literatura rusa actual, como cualquier otro movimiento artístico, es necesario estar, si no familiarizado, enterado al menos de la situación política y psicológica del país en que tal movimiento se produce; en este caso, la Rusia revolucionaria. Yo no me voy a poner aquí ahora a precisar esta situación. Toda persona que tenga alguna inquietud, la conoce lo bastante para que yo pueda enseñarle algo.

El régimen político de Rusia, la dictadura del proletariado, ha producido—corroborando las afirmaciones marxistas—un nuevo tipo de literatura, la literatura proletaria. Pero a su lado, al lado de los Fadeiev y los Gladkov vive otra literatura más madura, una literatura no proletaria, que no rompe tan bruscamente como ésta con la literatura anterior y que, sin embargo, fuertemente influida por la revolución, es un excelente enlace con esa literatura proletaria.

Este grupo literario cuenta, sobre todo, con dos hombres: Constantino Fedin y Elías Fremburg.

\* \* \*

Constantino Fedin no es un escritor proletario. No describe tampoco, como lo hacen casi todos los novelistas de la Rusia de hoy, anécdotas de la revolución o tipos de los que en ella intervinieron activamente. Quizá porque Fedin pasó los años decisivos fuera de Rusia sus protagonistas quedan casi siempre al margen de la acción revolucionaria. No tienen con la epopeya más contacto que el de existir simultáneos a ella. Contacto, inevitablemente, fuerte, que muestra a los individuos claramente definidos, contrastados por la magnífica piedra de toque de la revolución.

En la producción de Fedin hay dos influencias. Una de su vida; su conocimiento y práctica de la música. Otra de su carácter: «Fedin—dice Wladimiro Pozner—tiene mucha voluntad.» de la primera, la amplitud extraordinaria y minuciosa composición de sus

obras y la característica de duración, de tiempo que corre. De la segunda, la labor tenaz, trabajosa de ir llenando, alcanzando, todos los objetivos, sin dejar uno vacío. Nada encomendado al azar o al esfuerzo del lector.

Esto hace de Fedin el novelista más poderoso de los contemporáneos rusos.

Por su amplitud recuerda, en cierto sentido, a Dostoiewsky. Pero sin la magnífica complejidad de este último. En Fedin no se encuentra ese entrecruzamiento laberíntico de pasiones y sucesos que segura y matemáticamente convergen en el final. La acción en él es más restringida, más reciamente agrupada en torno al protagonista que se destaca con una importancia y una personalidad que no suele tener en Dostoiewsky.

Pero no por esto cae Fedin en el defecto tan común de dejar al protagonista flotando sobre una masa borrosa de sombras. Tiene esa difícil cualidad de hacer vivir a un personaje con sólo tres rasgos, sin caer en la caricatura. Todos sus tipos, aun los más insignificantes, son reales: tipos que se reconocen en la vida. Y todos ellos se mueven con una lógica perfecta, sin salirse un punto del ritmo y el ambiente. Ello da una sensación de sustantividad perfecta a la novela. Acabada de leer, sigue desarrollándose, existiendo, y si se acuerda uno de tal tipo, tras él vienen enhebrados los otros, sus actos, su psicología, como en el recuerdo de una cosa vivida.

Las dos novelas grandes de Fedin son obras de síntesis. Síntesis de una época: «Las Ciudades y los Años». Síntesis de una familia: «Los Hermanos». Ellas son—época y familia—los verdaderos protagonistas y su desarrollo, su evolución en el tiempo dan el tono dramático y novelesco de las obras. En su desarrollo no se sigue el orden cronológico. Se empieza casi siempre por un capítulo adentrado va en la acción—el último en «Las Ciudades y los Años»—y en el curso de ésta se guía el autor preferentemente por el desarrollo de los sentimientos, saltando adelante o atrás, según le conviene para dar mayor continuidad a su evolución, mostrándolos en la lógica perfecta de su devenir.

Aquí se roza el principal defecto de Fedin. Esta construcción, aunque tiene la ventaja de despertar el interés del lector desde la primera página, hace, sobre todo al principio, la lectura difícil, confusa. Se pierden las proporciones y, desconocida su necesidad, algunos trozos parecen excesi-

vos. La impresión desaparece en parte a medida que se avanza en la lectura, pero no deja por eso de enturbiar la comprensión.

El otro defecto, consecuencia también de la construcción, cae en los personajes. El poner en primer plano los sentimientos y seguir fielmente su desarrollo deja oscurecido el resto de la personalidad del individuo. Estos dejan en algunos momentos de ser hombres para convertirse en pasiones, son ellas las que actúan, las que obran y dan a veces la extraña impresión de que es el sentimiento el que determina al personaje. Sobre todo en «Los Hermanos», obra más madura, más sombría y profunda, pero con un exceso de análisis psicológico que se hace cansado algunos ratos.

Además de su propósito de síntesis, tienen las dos novelas muchas analogías. Son, si se quiere, fundamentalmente iguales. En las dos vive un fatalismo intenso, una fuerza superior que lleva y trae a los personajes a su antojo. Los protagonistas son hombres débiles, sin voluntad, asaltados de flaquezas y desorientaciones, que se van buscando medrosamente a sí mismos y que sucumben a la violencia exterior en cuanto les falta un sólido punto de apoyo.

Esto le pasa a Andrés en «Las Ciudades y los Años», en cuanto se encuentra sin las voluntades de Kunst o de Mary. Y si Nikita en «Los Hermanos» soporta su aislamiento, es porque Nikita es un artista, un músico y en el último momento se refugia en su arte.

En las dos novelas hay pasajes evidentemente autobiográficos. La época alemana de «Las Ciudades y los Años» y los años de infancia y aprendizaje de la música en «Los Hermanos». Son los trozos mejor logrados, en ellos llega Fedin a una sencillez y una viveza de maestro.

Se han traducido al español: «Las Ciudades y los Años» (Jason); «Los Mujics» (Oriente); «Un Hombre extraordinario» (Espasa-Calpe); «Los Hermanos» (Espasa-Calpe).

La forma de gobierno no ha sido nunca asunto de elección; se ha impuesto siempre, necesariamente, por la inspiración, por el impulso, por la fuerza de las revoluciones.

CASTELAR

Invitamos a los pueblos a que nos formulen sus quejas, para comentarlas en justicia. Sólo la voluntad de defensa puede virilizar los pueblos, sólo la explosión implacable de sus vergüenzas puede dignificarlos.





MASIDE



# ¿De qué pretende convencernos Marcelino Domingo? <sup>(1)</sup>

por L. FERSEN

En estos días, precisamente, aparece Marcelino Domingo hablando de serenidad en la exaltación. Nos cuenta el caso de Lenin, «una de las figuras más insignes que ha tenido la Humanidad, por su doctrina y por su obra; por saber adueñarse del momento psicológico propicio y por saber convertir desde el Poder su ideal en realidad; por su concepción del Estado y por su vida. Lenin—continúa la semblanza—, desterrado, perseguido, vivía en Ginebra esperando su hora—en sus paseos por las bellas orillas del lago Lemán y en sus correrías por aquellas silenciosas y recogidas calles de la ciudad alta que pasearon también Calvino y Rousseau—o tal vez pensando melancólicamente que su hora no llegaría nunca. Cuando los correligionarios de Lenin, impacientes y exigentes se acercaban a él, apremiándole, recriminándole, Lenin, imperturbable, sereno, seguro, los contenía con una sonrisa y con estas palabras: No es nuestra hora todavía».

Si Lenin se hubiese dedicado a pasearse melancólicamente por las bellas orillas del lago Lemán pensando en que tal vez su hora no llegaría nunca, su hora nunca hubiera llegado. Les llegaría su hora a otros que supieran andar el camino hacia sus ideales, que colaborasen eficazmente a crear su hora. Pero esta era la cualidad que poseía Lenin en el más alto grado. No llamaba su hora a la que creasen otros, sino que se asignaba en la creación de su hora un papel importante. No caminaba a remolque de los acontecimientos. No establecía entre su hora y su destierro una laguna de melancólicos paseos, sino que tenía para cada situación una respuesta clara que establecía la continuidad del camino. Que no padecía impaciencia revolucionaria, es muy cierto. Pero Lenin siempre se asignaba una tarea. Se esforzaba en determinar de una manera muy detallada lo que le correspondía hacer en cada momento, procurando no equivocarse, aunque se equivocase a veces. No era el santurrón que una literatura pequeño-burguesa quiere pintarnos, que contenía a sus correligionarios con una sonrisa y con

estas palabras: No es la hora todavía. No, que se metía acaloradamente a determinar qué hora era.

¿Qué clavo quiere remachar Marcelino Domingo con los nombres de Lenin y de Dantón a estas alturas? ¿Qué clase de paraguas intenta construir? «Lenin y Dantón—escribieron en torno la borrasca popular que se desencadenaba por encima de sus cabezas. Fueron por los suyos juzgados de débiles, de lentos, de insensibles a las circunstancias propicias. En su serenidad, sin embargo, etcétera, etc.»

No se incurrirá en graves inexactitudes al afirmar que las cabezas visibles del movimiento republicano no han pasado de una enternecedora profesión de fe en sus ideales. El que la cosa les haya costado más o menos cara, es otro cantar. Esta propensión a moverse en el terreno de la fe procede sin duda alguna de que llevan vida intelectual. Porque, en efecto, a medida que nos introducimos en el mundo intelectual vemos que en tener o no tener fe se quedan todas las cosas. Unos simpatizan con todo género de ideas revolucionarias, pero no tienen fe en la capacidad revolucionaria del pueblo español. Otros le asignan cierta capacidad revolucionaria al pueblo español y, por tanto, argumentan en favor de una revolución casta, modesta, sencilla. Por fin, hay un sector más radical. Este cree que en España se está fraguando algo imponente. Apoya la creencia con una vieja profecía de Tolstoi, según la cual la revolución social debía empezar por Rusia o por Andalucía (observación aguda, ciertamente, si la despojamos de su bambolla profética, pues las condiciones históricas de la propiedad son muy semejantes en ambos lugares). No hay duda para estos últimos de que la profecía de Tolstoi ha de cumplirse.

Así, por ejemplo, Gaziél defendía hace meses la tesis literaria del señor Cambó sobre la imposibilidad de una revolución en España. El señor Cambó, dejando aparte su fortuna personal, defendía una tesis literaria porque salía de un largo período de vacaciones determinado por la Dictadura de Primo de Rivera, que aprovechó, como todo político supernumerario, para reanudar sus relaciones con las grandes figuras de las letras. Razonaba Gaziél, que en España no es posible una revolución por la indiferencia política del pueblo (se refería a las clases bajas). Decía que la conciencia política en España puede re-

presentarse por una descendente línea dramática que partiendo de los grandes exponentes intelectuales se extingue al tocar los umbrales de la gran masa popular. En resumen, Gaziél no tenía fe. Del campo de enfrente contestaron los más decididos diciendo que tenían fe. Y aunque aceptaban las jerarquías de la conciencia política establecidas por Gaziél, confiaban en transmitir su entusiasmo al pueblo.

Los hechos que registraba Gaziél en apoyo de su melodramática teoría contrarrevolucionaria, tenían cierta apariencia de verdad en el momento de ser publicado su artículo. A la caída de Primo de Rivera el pueblo no se había manifestado. El campo protestante empezaba en la clase media. A medida que se ascendía en la escala intelectual la protesta tomaba caracteres más acusados: profesores, periodistas, viejos políticos—que en aquel momento, por sus citas de «El Quijote», por sus consideraciones sobre el Derecho y la Constitución, parecían intelectuales—, ocupaban el pináculo.

Pero coincidiendo con el veraneo de las fuerzas vivas revolucionarias se produjo la inversión de la cosa. A la huelga de Galicia siguieron huelgas y protestas en distintos puntos de España. Mucho antes la huelga de Sevilla fuera considerada como contraproducente. La mayoría de los nuevos actos fueron vistos con simpatía en cuanto significaban una protesta contra los señores de la U. M. Pero no se puede decir que lo que se llama vanguardia política figurase ni a la cabeza ni a la cola en estos acontecimientos, limitándose a hacer un tímido glosario salpicado de ventanales de la censura. Así vemos que todo lo que Gaziél titulaba vanguardia política se manifiesta en razón inversa de los movimientos auténticamente populares.

La flojedad, la estupidez del período que está en trance de superarse lo confirma el hecho de que lo que se llama clase intelectual ocupase un lugar privilegiado en el movimiento. Porque el auténtico valor y dignidad intelectual reside tan personalmente en quien los posee que no pueden transmitirse estas características a una clase. La confusión creada a la caída de Primo de Rivera, la desorientación ideológica, la mezcla de ciertos deseos revolucionarios con ciertos recelos, sólo acertó a expresarse en una charlatanería.

Quien haya oído a cualquier persona significada del movimiento republicano observará que entiende por pueblo una cosa homogénea, unitaria, liberal, teatral. Al encontrarse con que los hechos no responden a esta concepción tan simple se producen unas grietas muy significativas entre los mismos que de la forma más beata reclamaban la unidad. Ante las últimas huelgas se lamentó el Gobierno

(1) Nuestra discrepancia con algunos puntos de este artículo nos obliga más a publicarlo. No es a Marcelino Domingo a quien hay que hacer estos reproches, sino a los viejos cuadros de las izquierdas españolas. En el fondo, Fersen interpreta la actitud de las nuevas. (N. de la R.)



de que la burguesía no le prestase ayuda contra los obreros. La gran burguesía de izquierda contestó razonando el desamparo. Pero simultáneamente se producía en todos los grupos de derecha e izquierda que tienen un capital en la base un flujo de respeto por los socialistas cuyas ideas confesaban no compartir. Todos mencionaron a los socialistas en aquellos días; pero nadie logró un párrafo tan expresivo como este de «La Nación»:

«La misma huelga de Madrid, que se ha desarrollado sin graves incidentes gracias a la cordura—que es necesario proclamar—de los trabajadores madrileños, la declaró la Casa del Pueblo con el propósito de que sus huestes no fueran arrastradas sin dirección por los del Sindicato Unico que ya habían empezado a practicarla desde por la mañana, intentando imprimirla carácter revolucionario. Hay que advertir que en estos últimos meses se han constituido en Madrid unos catorce Sindicatos Unicos frente al socialismo, que rechaza sus procedimientos de violencia. También es esa una verdad que—honradamente—no debemos ocultar y que determinó en Primo de Rivera, «aquel gran vidente», una actitud de benevolencia moderada, aunque sin pactos, con la Casa del Pueblo como contrapeso a la propaganda comunista.»

Este párrafo no es una revelación, aunque no puede negársele interés para la historia del socialismo. La enorme diferenciación de los intereses obreros determina que la burguesía y el socialismo se confundan en un abrazo. El desenvolvimiento histórico se encargará de enterrar a ambos en una fosa común.

En toda revolución actual la burguesía revolucionaria tiene que emprender casi simultáneamente con la revolución la contrarrevolución para cortar el avance de los obreros. Esta situación tan delicada es la causa de que la burguesía se vea obligada a nadar entre dos aguas cuando faltan en su campo hombres de verdadera intuición y resolución revolucionaria. De ahí viene que parejamente con las llamadas a la conciencia republicano-democrática de todo el pueblo se observen invocaciones a la conciencia republicano-democrática de la Monarquía. Debe saberse de memoria este Gobierno los argumentos con que se ha intentado persuadirle de la conveniencia de convocar unas Cortes Constituyentes donde se caería inevitablemente la Monarquía; pero, a) sería el único modo de restablecer los derechos del pueblo; b) sería el único modo de evitar una revolución.

En la ideología y en la postura de Marcelino Domingo se resumen perfectamente toda la vaguedad, toda la indecisión que resulta de este estado de cosas. Su confusión revolucionaria

es la resultante de los procesos fundamentales que hoy se operan en la sociedad. Sus libros se titulan así: «¿Adónde va España?», «¿Qué hace el pueblo?», «¿Qué espera el rey?». Puede tratarse de la perplejidad inherente a la vida espiritual, o de un estéril ensayo socrático encaminado a que Marcelino Domingo, España, el pueblo y el rey, lleguen a las mismas

conclusiones por medio de unas preguntas hábiles. No vamos a averiguarlo. El caso es que con esta ignorancia del mecanismo de la revolución Marcelino Domingo aguardará su hora pintando paraísos democráticos, cuando el papel de todo revolucionario es prever el curso de los acontecimientos y anticiparse a ellos por la acción. Así entendía Lenin su hora.

## DIALOGOS INTRASCENDENTES

# El cacique, el cura y el sacristán

### Un caciquillo provinciano:

Amo y señor, varias noches hace que no duermo; pienso en las jornadas populares de Galicia y Bilbao; las protestas contra los antiguos partidarios del general Primo de Rivera, y temo no podamos seguir mandando; nuestro tinglado caciquil se derrumba...

### Un cacicón:

Consuélate; yo estoy muy satisfecho: después de más de seis años en que el pueblo español no ha podido exponer sus opiniones, ni manifestar sus sentimientos, había el peligro dirigiera su rabia contenida, contra los partidarios del bueno de Primo, y contra los que hicimos posible su advenimiento al Poder: el furor popular se encauza contra U. P. que nada es y nada puede hacer, y nos deja, mientras tanto, libres y tranquilos para restaurar nuestros amados cacicatos.

### Un caciquillo provinciano:

Amo y señor: la avalancha republicana sigue avanzando, hasta en las aldeas los labriegos ya no me escuchan, a mis barbas me dicen son republicanos; ¿qué hacer para defender la Monarquía?

### Un cacicón:

No digas que la Monarquía es consustancial con la Patria, porque hace reír; afirmar que es igual Monarquía que República, que lo importante es trabajar por la Patria, hacer ferrocarriles, pantanos, etc., que como se preocupen de esto, estando la Monarquía en el Poder, la Monarquía está afianzada, es—ya le conoces—el antiguo truco de «menos política y más administración»; es decir, déjame administrar con mi política.

Somos amantes del orden. Pero no de un orden que se funda en la fuerza y en el privilegio, sino del que emana de la legalidad y de la justicia.

Ayuntamiento de Madrid

### Un familiar de un cura sin plaza:

Tengamos resignación cristiana; el obispo te quitó la plaza después de treinta años de servicio, sin atender has envejecido cumpliendo la misión evangélica, pero no te abandonará; ya sabes que hay dinero para proteger a los curas sin colocación; que a otros compañeros tuyos les da el obispo—por hallarse en estas circunstancias—cien pesetas mensuales.

### El cura sin plaza:

Vengo de palacio; el obispo me ha entregado setenta y cinco pesetas para este mes; me resigno; con menos vivió Jesucristo; es preciso que los pobres curas nos sacrifiquemos como ministros del divino mártir, y para que los obispos—representantes de la grandeza de Dios—puedan alternar sin desdoro, con lujoso «auto», servidumbre, etc., con los representantes del poder temporal y con las clases poderosas, para que hagan el milagro de que los ricos—a pesar de su riqueza—no pierdan su alma.

### El sacristán:

Admirable, señor cura; estuvo usted admirable en el sermón de ayer; qué bien estuvo cuando dijo: el católico tiene que apoyar a la Autoridad; hay el peligro de la revolución, hay que oponerse a ella, porque esos republicanos van a implantar el comunismo, van a destruir la familia, etcétera, etc.

### El cura:

No me elogies, sacristán, no lo merezco; yo no había pensado en ello; me han dado la orden de decirlo, porque si la República se instaurara, la Religión se respetaría, desde luego, pero la gobernación del país se independizaría del alto clero, y ni los príncipes de la Iglesia, ni las Ordenes monásticas—los Jesuitas, por ejemplo—seguirían disfrutando los privilegios de hoy.



# El problema de la limitación del número de estudiantes de Medicina

por **RICARDO ROYO-VILLANOVA Y MORALES**

**CATEDRÁTICO DE MEDICINA LEGAL  
EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID**

Desde hace algún tiempo se viene hablando de la urgente necesidad de reducir el número de estudiantes, en razón de la capacidad material y docente de nuestras Facultades de Medicina. Como se trata de una limitación de índole pedagógica y profesional que afecta sobre todo a los escolares, es a ellos a quienes corresponde propugnarla y defenderla, ya que son principalmente ellos quienes más derecho tienen a una enseñanza, todo lo completa que debe ser, con el material cénico y de laboratorio indispensables.

Así ha sido, en efecto: fueron los estudiantes de sexto año de la Facultad de Medicina de Zaragoza los primeros que, hace algunos años, elevaron una razonada moción para el mejoramiento de su carrera y de su condición de estudiantes. Quejábanse principalmente de la enorme concurrencia que dificultaba el porvenir de la profesión y del inminente peligro que les amenazaba, cuando después de siete años de trabajos forzados, dispendios enormes y zozobras sin cuento, iban a obtener un título que apenas les serviría para algo más que para asistir gratuitamente a las dilatadas familias de numerosísimos compañeros.

«Somos demasiados—decían—; las matrículas crecen anualmente de un modo abrumador y los títulos que nos da el Estado valen menos de lo que nos cuestan en tiempo, trabajo y sacrificios y acaban por no servirnos para nada, porque nadie puede vivir decorosa y exclusivamente del ejercicio de la profesión médica.»

Antes y después que los estudiantes de Zaragoza, la mayoría de los autores y comentaristas que escribieron sobre esta cuestión, están de acuerdo, en principio, sobre la necesidad de establecer dicha limitación, con arreglo a las necesidades y a los medios disponibles y no solamente por el excesivo número de médicos futuros, sino también y principalmente porque siendo casi imposible o por lo menos muy deficiente la enseñanza a consecuencia del exceso, las Facultades de Medicina defraudan a la sociedad, admitiendo un número de estudiantes superior a los medios de educación científica de que disponen, y además, por el ineludible deber de humanidad en que se encuentra la sociedad y el Estado de proporcionar a los futuros médicos una educación profesional y

una instrucción científica todo lo completa que se requieren para que jamás la negligencia o la impericia del médico puedan poner en peligro la vida de un semejante.

\*\*\*

Actualmente son muchos los países que se preocupan de limitar el número de estudiantes en las Facultades de Medicina.

La Facultad de la Plata no admite en el primer año más de 200 alumnos.

El Brasil sólo admite 80 estudiantes de primer año en la Facultad de San Pablo y 250 en la de Río Janeiro.

En Hungría, donde el problema del exceso de médicos adquiere proporciones catastróficas, para prevenir en lo futuro y en lo posible esta plétora, el Gobierno ha decretado recientemente que el número de alumnos de las Facultades de Medicina no podrá pasar de 600.

Austria ha limitado a 40 el número de los que ingresan en el primer año de la carrera.

Ultimamente se ha acordado en Noruega, que sólo podrán continuar los estudios de Medicina aquellos alumnos que obtuvieran buenas calificaciones en los primeros cursos. Sin embargo, la asociación de médicos de esta nación estima insuficiente este criterio de reducción y solicita más restricciones y una auténtica limitación al ingreso en las Facultades.

Desde 1925 se viene hablando también en Alemania de la necesidad de limitar el número de plazas de ingreso en las Escuelas de Medicina, habiéndose llegado a propugnar la idea—sobre la que volveremos al final de este trabajo—de que se prefiera en esta selección a los hijos de médicos, quizá con un exclusivismo algo cerrado, pero no sin fundamento, pues no es posible negar—aparte de lo que diremos más adelante—que los hijos de los médicos están en condiciones muy superiores a las de los demás para emprender la profesión de sus padres, ya que en ellos encontrarán su mejor maestro y más desinteresado mentor.

En los Estados Unidos, de las 8 Escuelas de Medicina que actualmente existen, 47 han acordado que ningún curso pueda tener más de 125 alumnos y ello a pesar de la riqueza de medios de este país y de tener un número total de médicos cuatro o cinco veces menor que nosotros.

El Gobierno chileno acaba de limitar a 80 el número de nuevas inscripciones en la carrera de Medicina, durante el actual año escolar de 1929-1930. Al efecto se designó una Comisión especial constituida por profesores

a la libertad de enseñar establecidas en la Constitución y como un proyecto de marcado sabor burgués y aristocrático, ha dado lugar a una verdadera revolución académica y aun a graves situaciones políticas.

como una transgresión del fuero universitario.

En Inglaterra está dando excelentes resultados esta reducción, que va ha sido aplicada en varias Facultades.

\*\*\*

A juzgar por los datos que acabamos de exponer, es innegable que la tesis de la reducción obligada del número de estudiantes de Medicina se va abriendo paso y de seguir las cosas como hasta ahora algún día llegará a implantarse definitivamente en todos los países civilizados. No obstante, todavía son numerosos los que se oponen a tal limitación, creyendo que en nombre de la libertad no es lícito adoptarla.

¿Hasta qué punto—se preguntan los impugnadores—se puede negar a un ciudadano el derecho a seguir una profesión, alegando el pretexto de que ya son muchos los que la estudian y los que la ejercen? Agregan, que el exclusivismo y acaparamiento que habría de crear la limitación, a expensas de la justicia y de la libertad, tal vez resucitase las antiguas oligarquías gremiales, con el dominio feudal de los oficios y de los beneficios, sepultando de nuevo al país en el atraso y en la pobreza de siglos anteriores.

En realidad—ha dicho el profesor Enrique Suñer, contestando a alguna de estas objeciones—se trata de un argumento más formal que real, pues la práctica nos enseña cómo de hecho o de derecho se limitan en nuestro país algunos estudios, tales como las carreras militares, ingeniería, arquitectura, estadística, etc. Cabe, por otra parte, pensar en las últimas consecuencias de esa mal entendida libertad que ha hecho posible un desequilibrio social tan grande como el que actualmente estamos padeciendo los médicos.

Los partidarios de la no limitación se vuelven contra estos argumentos, diciendo que el Estado al llamar personal a su servicio directo, sabe el que necesita y puede determinar casi exactamente el número de plazas a cubrir, pero no puede calcular ni tasar previamente los servicios profesionales que convengan a las necesidades públicas; ni puede tampoco limitar profesiones que en todas las partes del mundo ha declarado libres el derecho público.

Quizá esta imposibilidad de evaluar el número de estudiantes que deban

ser admitidos en las Facultades de Medicina sea uno de los argumentos más sólidos en pro de la no limitación, pues como dicen—y con razón—los impugnadores de la tesis que defendemos, aun cuando se estableciera una media de médicos por número de habitantes—se ha dicho que 4 por cada 10.000—y partir de esa cifra para la selección, nada impediría el éxodo de un gran número de médicos hacia las grandes urbes, que es una de las causas principales que agravan la situación de los médicos urbanos.

Pero si la limitación resulta difícil y aun imposible atendiendo a las necesidades sanitarias de la nación, en cambio resulta sencillísima si se hace, como decíamos, a base y con arreglo a las posibilidades docentes de nuestras Facultades.

Otros se han opuesto a la limitación diciendo que «en Medicina, lo mismo que en todas las demás profesiones, unos brillan mucho y viven bien, otros no desuellan y viven en la mediocridad y algunos fracasan; sólo creyendo que el título iguala a los titulados, estableciendo idénticos méritos y derechos se puede pedir que una profesión se limite de un modo riguroso y sirva de igual manera para todos los que la cultivan, con los mismos rendimientos de honor y utilidad».

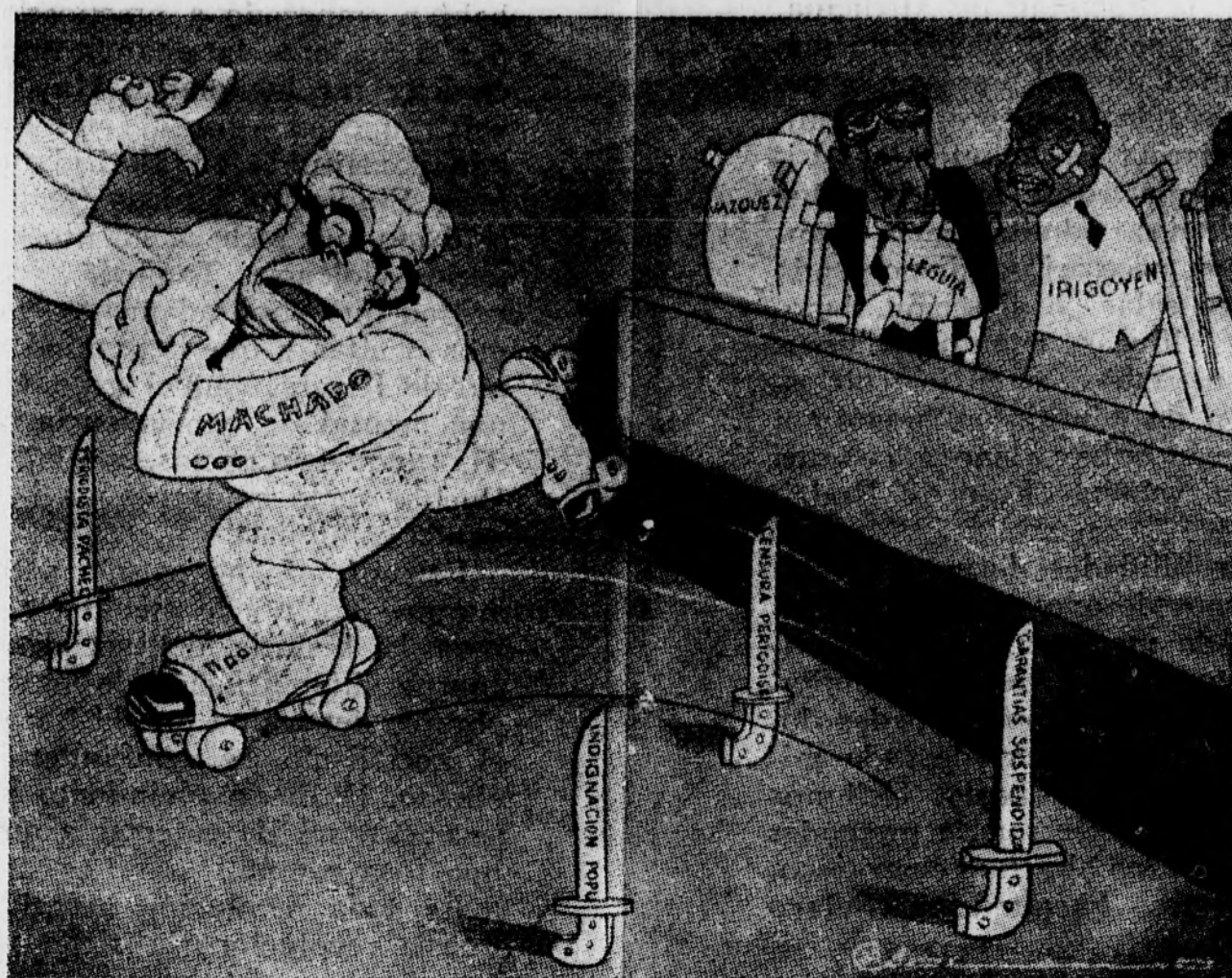
Por otra parte, el gran público ve con desagrado esta reforma de la limitación, dándole una interpretación errónea, ya que el principal argumento que esgrimen los propugnadores es la ruidosa competencia profesional que se establece cuando la oferta es superior a la demanda. De aquí que la opinión pública haya creído ver en la selección una aspiración egoísta de los médicos, que con la limitación habrían de ver aumentados sus ingresos en perjuicio de los clientes que sin duda alguna habrían de preferir todo lo contrario.

En general—y esto es muy lógico—, todos o casi todos se oponen a la limitación mientras el Estado no asegure el porvenir de los que obtuvieron el título.

\*\*\*

Pero a pesar de todos los argumentos en contra que acabamos de exponer—algunos estimables—, la limitación se impone. Como ha dicho Housay, los médicos en exceso buscan puestos administrativos. El número exagerado de estudiantes perjudica a la enseñanza. El ideal sería que las

LO DICE POR EXPERIENCIA PROPIA, por Solano.



Legua:—Patina que es una maravilla... y en resistencia no hay duda que el cubano nos da punto y raya...

Irigoyen:—Sí, pero estas piruetas de última hora le van a ser fatales... Ya ves lo mal que nos ha ido a nosotros, y eso que renunciábamos a tiempo...

de la Facultad de Medicina y del Instituto pedagógico, para designar los candidatos, fundándose en las notas obtenidas durante los tres años últimos de estudios secundarios en las siguientes materias: física, química, biología y dos idiomas (francés e inglés o alemán). Además, serán sometidos a un examen escrito y a otro oral sobre las mismas materias.

En la Argentina y otras Repúblicas americanas se ha intentado también limitar de una manera concreta el ingreso en las Facultades de Medicina; pero hecha de esta cuestión bandera política por algunos partidos, que consideraban la limitación como un atentado a la libertad de aprender y

Así la Facultad de Medicina de Buenos Aires, haciendo uso de una atribución que le conferían los estatutos de su autonomía, tomó el acuerdo de señalar un límite en el número de sus alumnos, y no precisamente porque el número de galenos fuera excesivo, sino porque consideraban principalmente que defraudaban a la sociedad admitiendo una cantidad de estudiantes superior a los medios de educación profesional de que podían disponer. Pero el Gobierno desautorizó el acuerdo considerándolo anticonstitucional y esta discrepancia determinó la dimisión del decano y de siete consejeros de la Universidad bonaerense, que interpretaron la actitud del Gobierno



Facultades de Medicina pudieran seleccionar sus discípulos.

No hemos de ocultar que esta reforma constituiría una revolución que habría de disminuir la importancia de las Facultades de Medicina y hacer más acerba su rivalidad y que tal medida rompería indudablemente con todas las tradiciones y reduciría en algo el principio de libertad.

Pero de no implantar este remedio radical, ¿cómo frenar las tendencias de la adolescencia hacia los estudios médicos y cómo modificar las erróneas aspiraciones universitarias de muchas familias?

Algunos aconsejan una actuación moral, por medio de publicaciones, discursos, artículos, para apartar a la juventud de su inclinación hacia la carrera de Medicina. Así el profesor Roger, decano de la Facultad de Medicina de París, que acaba de ser jubilado, doliéndose de esta tendencia de las actuales generaciones de estudiantes, aconsejaba, hace ya algunos años, una activa campaña para ilustrar al público respecto a las condiciones difícilísimas en que actualmente se desarrolla la profesión considerada aún —erróneamente— como lucrativa.

Con este mismo fin, el Colegio de Médicos de Barcelona publicó en 1928 un interesantísimo folleto, que repartió profusamente, llamando la atención de las autoridades, tanto gubernativas, como académicas y sanitarias, y del público en general, sobre el problema de la crisis profesional de la Medicina, encareciendo la necesidad de una activa campaña, para evitar que las familias españolas sigan dedicando a sus hijos a una profesión que ya se encuentra en franca decadencia económica. Más recientemente, el doctor José Yagües García, en un artículo publicado en la página médica de «El Sol», septiembre 1930, defendía también igual criterio para que se fuera creando este estado de opinión.

Desgraciadamente, esta actuación moral no ha dado ningún resultado apreciable. Los impugnadores de la limitación arguyen a este propósito el mismo argumento señalado anteriormente: que el fin de estas campañas es un bastardo interés; el miedo a la competencia que pueden hacernos los futuros galenos.

Ya hace algún tiempo que se viene predicando en España en dicho sentido y no obstante, los estudiantes prosiguen tenazmente llenando las cátedras de las Facultades de Medicina, para lograr un título del cual habrán

## M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apertado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

### “LEAMOS”

a las personas que la soliciten

de obtener bien escasos rendimientos.

Análoga actuación se viene practicando en Austria y Hungría y el número de aspirantes aumenta continuamente. Igual suerte han corrido las últimas exhortaciones dirigidas a la juventud francesa por la Confederación de Sindicatos médicos de Francia.

Vemos, pues, que esta actuación intelectual y moral por medio de publicaciones, discursos, etc., es insuficiente e inútil para luchar contra la arraigada y falsa convicción que de la Medicina tienen la mayor parte de los profanos.

\*\*\*

Algunos afirman que la limitación se verificará espontáneamente—como ya sucedió con los abogados a principios del siglo actual—, cuando se convengan de los escasos rendimientos económicos que habrá de proporcionarles el título e incluso de la miseria a que puede conducirles.

Pero, en realidad, no ha sido así. Tenemos el ejemplo reciente de Alemania, donde el Régimen de Seguros Sociales que tanto ha envilecido y esclavizado a los médicos germanos, no ha alejado a los jóvenes de la carrera de Medicina. Independientemente de la manía que desde antes de la guerra, y más después de ella, ha empujado a las juventudes escolares del centro de Europa hacia las carreras liberales, un brusco aumento del número de estudiantes de Medicina siguió a la implantación de los Seguros sociales.

Sin embargo, tampoco han escaseado en esta nación las advertencias para apartar la inclinación hacia nuestra carrera. Luego de haber colocado avisos oficiosos acerca del peligro de la plétora médica el *Hartmannbund*, que comprende casi todos los individuos y sindicatos médicos, ha hecho prolongar el tiempo de *carencia* (estado profesional, durante el cual un médico que acaba de establecerse, no tiene derecho a trabajar como médico de las asociaciones). A pesar de todo y sobre todo a pesar de esta última medida realmente draconiana, puesto que las asociaciones han absorbido toda la clientela libre, el número de los aspirantes a médicos aumenta continuamente.

No creemos, por tanto, en la limitación espontánea del número de estudiantes de Medicina, en vista de las crecientes dificultades de la profesión,

De todos modos, aun cuando se verificase, habría de ser siempre muy lenta y en nada remediaría el problema actual.

\*\*\*

Así, pues, pese a todas las opiniones en contra y a todos los escrúpulos ideológicos, es forzoso reconocer que el mejor remedio contra la abundancia de médicos, el más rápido, el más decisivo, es la limitación inmediata del número de estudiantes de Medicina. Aun cuando son muchas y muy atendibles las razones sentimentales y de Derecho que a ello se oponen, no importa; se trata de un problema capital, de vida o muerte, y son necesarias medidas enérgicas en la lucha por la existencia.

La selección de estudiantes a su entrada en la Facultad de Medicina, es el mejor remedio de la plétora médica; los medianos al empezar la carrera, que serían los peores al terminarla, quedarían así eliminados. Limitemos el número de ingreso. «Que cada Facultad no admita a más alumnos que los necesarios, disponiendo para ello en salas de disección, laboratorios y clínicas, cuantos recursos sean indispensables para instruirlos. No es cosa de admitir en montón a cuantos se inscriban, sino a cuantos quepan de veras.» (Francos Rodríguez.)

«Las posibilidades docentes de un departamento de anatomía, de un laboratorio, de un servicio médico-quirúrgico o tocológico, tienen su limitación. Calculadas las posibilidades docentes de cada cadáver, de cada microscopio y de cada parto, fácil nos sería patentizar el error de pretender enseñar Medicina al actual censo escolar de nuestras Facultades.» (Pelayo Martorell.)

Para esto, recúrrase de momento a un mayor rigorismo en el curso preparatorio de la carrera y exíjanse mayores conocimientos, con lo cual ganaría también el aprovechamiento de los alumnos. No se permita tampoco el acceso a la Facultad hasta una edad determinada: los dieciocho años, por ejemplo.

\*\*\*

Como criterio de selección, podría preceder al ingreso en la Facultad una exploración psico-técnica de las aptitudes del alumno, pues resulta absurdo el fácil acceso de cuantos quieren estudiar esta carrera para la cual no se exige un previo y adecuado examen que determine si el aspirante emprendió o no el camino en relación

Aún hay necios que se dejan amarrar y claman auxilio para que los liberten, no viendo que en su voluntad se halla el remedio de los males que sufren.

Es necesario que los niños desde la Escuela primaria sepan la Constitución para que cuando sean hombres la cumplan, la hagan cumplir y la defiendan por el derecho o por la fuerza.



con sus auténticas apetencias espirituales y con su verdadera calidad mental.

Algo de esto se hace en el Canadá, donde la Universidad del Ontario occidental acordó recientemente someter a una prueba mental a los estudiantes que hubieran fracasado en los exámenes de enero. El profesor Smith, jefe del departamento de psicología, ha sido designado para dirigir las pruebas encaminadas a determinar si los fracasos de los alumnos deben ser atribuidos a la nerviosidad o a su inferioridad intelectual, y en el caso de que esta última sea irremediable, excluirlos definitivamente.

Bien está este examen, pero extendido no solamente a los alumnos suspensos, sino, en general, a todos los que pretendieran ingresar en las Facultades e implantando la medida con carácter obligatorio en todas las Universidades. Es indudable que de esta manera se evitarían errores irreparables de derroteros, rectificando al mismo tiempo mentidas vocaciones que no van acompañadas de las adecuadas aptitudes y descubriendo también inclinaciones ignoradas, reprimidas o adormecidas en el fondo del ser.

Ultimamente Sanchis Banús, en el acto celebrado por la Asociación de Estudiantes de Medicina el 22 de noviembre de 1930 en el anfiteatro grande de la Facultad de Medicina de Madrid, ha defendido con entusiasmo este criterio. Se declaraba enemigo de la fijación de un límite *apriorístico*, que desvirtuaría la esencia profundamente liberal de la profesión médica y propugnaba una rigurosa selección de los mejores, pero sin limitar el número; selección no a base de exámenes memoristas de ingreso, sino por una verdadera exploración psico-técnica que descartara en primera aproximación a los más incapaces, seguida de un examen de cultura para los considerados aptos y, finalmente, de una fase de prueba durante la cual se pondría al aspirante en contacto con los primeros problemas fundamentales de la biología, y ver cómo reaccionaba ante ellos.

En principio estoy de acuerdo con Sanchis Banús, pero creo que al lado de la vocación revelada por los reactivos psíquicos, hay que dejar su parte en la génesis de la elección profesional a la vocación empírica, que es algo muy distinto de la simple capacidad científica y que no es otra cosa que lo que H. Téllez Plasencia—«Cuatro ensayos sobre la medicina de nuestro tiempo», Madrid, Espasa-Calpe, 1927—ha definido con acierto como la *conciencia de una aptitud*; «el reconocimiento de una coincidencia entre nuestras propias capacidades entre la fisonomía específica de nuestra personalidad y las líneas generales del espíritu médico, de la práctica médi-

ca». Es decir, que en cierto sentido, cada cual pueda abarcar con sus propias manos, su propio destino; no sólo aquel para el que científicamente es más apto, sino respetar también de alguna manera la inclinación del individuo a sus verdaderas y nobles intuiciones, ya que todo lo que el hombre ha de ser personalmente ha de decidirlo personalmente y a su tiempo.

Lo único que puede producir una vida esencial es la exaltación de la propia persona y somos nosotros los que hemos de fecundarnos a nosotros mismos, porque en última instancia la auténtica personalidad de todo ser humano depende sobre todo de «sí mismo».

De aquí la terrible responsabilidad de los padres, que no dan a sus hijos una amplia y verdadera elección de carrera o que de cualquier modo pretenden desarraigar radicalmente su vocación empírica. Como ningún padre puede llegar a conocer la personalidad más honda del hijo, ninguno tiene derecho a reprimir de un modo brutal las verdaderas inclinaciones profesionales y cualquiera que sean sus propósitos y la opinión que esta vocación empírica les merezca.

\* \* \*

Otro criterio de limitación, podría ser el de que en cierto modo el Estado discerniera la instrucción y el saber, más por el mérito de los padres que por la inclinación de los hijos. Es decir, conceder preferencias para el ingreso en las Facultades de Medicina a los hijos de los médicos, del mismo modo que se tienen para los militares, magistrados, etc., en sus respectivos



—Sinto-me muito fatigado. Como sou *chauffeur* agora...

—Tens razão. É um modo de vida verdadeiramente esmagador.

Ayuntamiento de Madrid

escalafones y que, como hemos dicho antes, se propugna actualmente por algunos autores alemanes.

Esta preferencia de casta tiene hoy fundamentos científicos en las novísimas investigaciones sobre la transmisión hereditaria de la aptitud profesional. El problema habría de resolverse por el estudio sistemático de las características de cada generación en familias de determinadas profesiones.

«La constitución general se manifiesta ante todo en la estructura del cuerpo, gracias a la cual resulta posible ordenar en un número relativamente reducido de «tipos». Las variedades de cada uno de ellos se manifiestan en lo mortal y en lo psíquico, por determinadas aptitudes fundamentales que se reconocen en primer término por las manifestaciones del temperamento y por las propiedades de la inteligencia. De la investigación rigurosa de los elementos hereditarios en los troncos familiares, donde se ha conservado relativamente pura la constitución de los antepasados, es posible deducir ciertas reglas que contribuyen a explicar el encadenamiento de las generaciones desde el punto de vista profesional.

Según esta doctrina, siempre que una familia determinada logra conservar relativamente pura y constante su constitución general, la inmensa mayoría de los miembros cuya constitución sea análoga a la familia dominante se sentirán particular y principalmente atraídos hacia el ejercicio de la misma profesión de sus antepasados o por lo menos de profesiones muy similares. Y así se explica que existan familias enteras totalmente consagradas al ejercicio profesional de la Medicina.

Es interesante observar cómo algunas de estas disposiciones, para la Medicina, susceptibles de ser consideradas como hereditarias, se manifiestan ya en los juegos de la niñez y en las distracciones de la primera juventud.

De todo esto podemos propugnar—creo que antes que yo no lo ha hecho nadie en España—que para los efectos de la limitación de los estudiantes de Medicina, debiera estudiarse la tradición profesional de la familia y preferir para el ingreso en la carrera a los descendientes de médicos.

\* \* \*

De todos modos, cualquiera que sea el criterio de selección—ingreso por oposición, exploración psico-técnica o examen de las aptitudes hereditarias—, hágase siempre con toda clase de precauciones y garantías, pues resultaría muy doloroso y poco equitativo que por haberse completado el número de inscripciones quedaran excluidos muy buenos estudiantes, acaso los mejores.



## LETRAS HISPANOAMERICANAS

## EL PERRO "NEVADO" DEL LIBERTADOR

por EDUARDO RIASCOS

Atravesaba Bolívar con su ejército por la villa de Mucuchies una de las cimas de los Andes venezolanos, en 1813, y al frente de una habitación de moconoque fueron asaltados por un hermoso perro, propiedad de un señor Pino. Fué tal la acometida, que la oficialidad patriota ya iba a dispararle al animal, cuando se oyó la vibrante voz de Bolívar, que decía:

—¡No hagáis daño a ese animal! ¡Oh, es uno de los perros más hermosos que he conocido!

Salió el amo y en medio de la bulla y la confusión de los jinetes republicanos que amenazaban al animal con sus terribles lanzas, dijo:

—¡Nevado!... ¡Nevado! ¿Qué es eso?—palabras que oyó el perro, y cesando en su actitud hostil se retiró hacia el interior de la casa. Bolívar manifestó al señor Pino sus deseos de tener un perro de semejante raza, y éste respondió que era cosa muy fácil.

Cuando el Libertador hubo concluido la jornada de ese día y descansado en la citada villa, recibió el perro que le había encargado al señor Pino: era el mismo *Nevado*.

—¡Oh! es una preciosa adquisición—exclamó Bolívar—. Dígame al señor Pino que agradézcole lo que vale su generoso sacrificio, porque debe ser un verdadero sacrificio desprenderse de un perro tan hermoso.

Informado el Libertador de que en la división del coronel Vicente Campos Elías había un indio conocedor del perro por haber sido vaquero de la hacienda del señor Pino, lo mandó a traer y lo hizo depositario de *Nevado*. El indio, llamado Tinjacá, quien para probar que había manejado tal animal, dijo a Bolívar que soltara el perro que dormía encadenado lejos del lugar donde se hallaba el indio. El Libertador mandó soltar a *Nevado*, y Tinjacá, con los dedos de la mano derecha introducidos en los labios, produjo un silbido ensordecedor, y en el instante mismo estuvo allí el terrible animal, desafiando la oscuridad de aquella noche.

—Ya ve su merced cómo el perro sí me quiere—dijo Tinjacá, que estaba cerca de Bolívar—soportando en el pecho el enorme cuerpo de *Nevado*, que le acariciaba sin cesar.

Algunos oficiales llamaron desde entonces al indio con el sobrenombre de «edecán del perro».

*Nevado* compartió los azares y la gloria de aquella épica campaña de

1813, dice Tulio Febres Cordero. «Sus formidables ladridos se mezclaban sobre los campos de batalla el redoble de los tambores y el estruendo de las armas. Era un perro de continente fiero, semejante a un Terranova, pero singularmente hermoso, que se atraía las miradas de todos en las ciudades y villas por donde pasaba.» Y refiere este mismo historiógrafo de allende el Táchira, que muchas de las flores perfumadas que las damas arrojaban de los balcones a Bolívar el 7 de agosto en su entrada triunfal en Caracas, quedaron prendidas de los níveos vellones del ya célebre animal. Se encontró en la primera batalla de Carabobo, y con Bolívar y Tinjacá participó del regocijo del triunfo, en donde, envuelto en el humo del combate, se lanzaba en pos de los jinetes realistas para despedazarlos. Cuando terminó la lucha, Bolívar ordenó a Tinjacá que amarrara a *Nevado* cuando se presentase otra batalla, temeroso de que pereciera en el fragor de la contienda. Pero sobrevino la terrible acción de «La Puerta la.», cuya victoria fué adversa a Bolívar, y el valeroso perro, como iba amarrado a la cola de la cabalgadura del indio, fué hecho prisionero con Tinjacá. El vencedor Boves, que ya tenía noticias de las hazañas de *Nevado*, se complacía acariciándolo, y dirigiéndose al indio, le dijo:

—Has cambiado de amo, pero no de oficio. Te necesito para que me cuides el perro; y por esto te perdono la vida. Yo sé que no te atreverás a huir, porque él sería el primero en descubrirte hasta en las entrañas de la tierra.

Bajo las toldas enemigas concurrió el asedio de Valencia, hasta que el abnegado patriota Escalona tuvo que capitular con Boves, quedando éste dueño de la plaza. Ante los patíbulo que a diario levantaba el jefe realista, quebrantando el juramento de la capitulación, el indio concibió la feliz idea de huir; pero pensaba en *Nevado*, que era imposible dejarlo, y si lo llevaba sería descubierto, y apresado otra vez. El indio se dio cuenta de que varios patriotas desaparecían bajo el puñal asesino en medio de las grandes bacanales que celebraban los vencedores de Valencia, y cuando vió desaparecer en plena sala de baile a los doctores Espejo y Peña, se resolvió a fugarse y empezó por cortar la cuerda de vaqueta que sujetaba la cadena del cuello con que estaba atado

*Nevado* a un poste. El perro parecía adivinar el pensamiento de Tinjacá, pero permaneció ahí mismo. Encontrándose el indio fuera de Valencia, se detuvo a escuchar el eco de la música del baile que llegaba hasta él, así como los alaridos de los que sacrificaban, y en seguida lanzó el formidable silbido con que acostumbraba a llamar a *Nevado*, y al momento se incorporó el animal, que partió hacia el punto en donde estaba Tinjacá esperándole. Hubo un momento de silencio en la casa de diversión, exclamando todos a una voz: —¡Se ha soltado el perro! Boves le buscaba y llamaba por todas partes, y veía ya perdida la ilusión de que por ese medio habría podido descubrir a Bolívar en algún encuentro de armas.

El indio le amarró del cuello con una correa y tomó distinta dirección a la que trajo el perro. Ya iba a emprender la jira cuando oyó pasos muy cerca; se asustó creyendo que era la escolta que le perseguía. Afortunadamente el incansable Escalona, milagrosamente había escapado con el hábito religioso que le salvó la vida. Tinjacá siguió su marcha hacia Barquisimeto, incorporándose después de varias jornadas a la división patriota de San Carlos, donde se refugiaron los pocos que lograron escapar de Valencia, pequeño cuerpo que luego se unió a la fuerza del general Urdaneta, que este aguerrido jefe pudo salvar emigrando a Nueva Granada. Volvió a la vida de Mucuchies, Tinjacá con su perro, y a poco se encontraron en el combate que Linares libró contra Calzada, cuya victoria fué esquiva a los patriotas. El jefe español vencedor, conocedor de la historia de *Nevado* y Tinjacá, les envió escoltas por todas partes cuando vió que no habían caído prisioneros y a la vez rondó la hacienda del señor Pino; pero el indio y el perro escaparon de Calzada.

Encontrándose en Pamplona Bolívar y Urdaneta, éste refirió a aquél la historia del indio y del perro, exclamando el Libertador:

—¿Sabe usted, Urdaneta, que abrigó una esperanza?

—Espero conocerla, general.

—Pues creo que mi perro vive y que lo hallaré cuando atravesemos de nuevo los páramos de los Andes para libertar a Venezuela.

No era la primera vez que Bolívar hablaba en tono profético.

Partió Bolívar hacia Venezuela, y al llegar al alto de Moconoque, des-



pués de muchas jornadas, preguntó en la casa de la citada hacienda:

—¿Vive todavía aquí don Vicente Pino o alguno de su familia?

—No, señor; todos emigraron para Nueva Granada, hace seis años.

—¿Puede usted, entonces, informarme algo sobre el paradero del perro *Nevado* y el indio Tinjacá, después del combate de Mucuchies?— continuó Bolívar.

—He oído contar muchas veces la historia del indio y el perro, pero ni aquí han vuelto ni nadie sabe qué ha sido de ellos.

Y dirigiéndose a las personas de la casa, continuó la criada:

—¡Jesús credo! Esto es para confundir a cualquiera. Otra vez el perro, otra vez la misma pregunta. Si pasan los españoles, averiguan por el perro, y si pasan los patriotas, la misma cosa. ¡Ese animal debe valer mucho dinero!

Cuando Bolívar y su ejército coronaron la cima andino-venezolana, en medio de aquel imponente silencio, se oyó un grito que decía:

—¡Viva la patria! ¡Viva Bolívar!

Y presentándose un hombre, le dijo al Libertador:

—¿No me conoce ya su excelencia?

—¡Tinjacá!—exclamó el Libertador.

—Siempre a sus órdenes, mi general. Ayer supe en mi retiro del páramo que su excelencia pasaba.

—¿Y el perro? ¿Dónde está *Nevado*?—dijo Bolívar.

—Aquí está cerca, vengo a llamarlo.

Y ya iba a dar el estruendoso silbido, cuando Bolívar, zafándose los guantes, se llevó los dedos de la mano derecha a la boca, llamó a *Nevado* que en el momento apareció por sobre un barranco, y fué cubierto con la capa de Bolívar, que se agachaba para abrazarle. Los jefes y oficiales permanecían llenos de admiración, y sólo decían: ¡El perro! ¡El perro!

Si con el Estado Mayor hubiese ido la banda marcial, dice el escritor mencionado, Bolívar habría ordenado que en aquel mismo sitio, sobre una de las cumbres más elevadas de los Andes, resonasen los clarines y tambores en alegres dianas por el hallazgo de su perro.

Después de varios años volvió el Libertador a poseer tan valiosa prenda. Acompañó a Bolívar en toda la campaña de la segunda república venezolana.

El general don Pablo Morillo, el más connotado de los jefes españoles que actuaron en Nueva Granada, conoció y admiró a *Nevado* en la entrevista de Santana, cuando este perillustre guerrero se abrazó con Bolívar.

Entraba y dormía en los palacios en donde residía su amo, y era atendido por los jefes y oficiales republi-

canos. En los llanos de Casanare derrotó a más de veinte perros que atacaron al ejército libertador, que, con espada en mano, se defendía de semejantes fieras. *Nevado*, que venía atrás, llegó y los atacó de tal manera, que muchos quedaron casi muertos y los demás huyeron despavoridos. Esta hazaña le valió muchos agasajos y aumentaba su fama, que ya se había hecho extensiva en todos los países que integraron la Gran Colombia.

Cuando ocurrió la segunda batalla de Carabobo, *Nevado*, acostumbrado ya a combatir, al ver aquel desesperado ataque de las huestes patriotas, abandonó a Bolívar y a Tinjacá y se precipitó sobre las fuerzas españolas a despedazarlas. En medio de la alegría del triunfo que obtuvo allí Bolívar, preguntaba por su galgo recorriendo el campo, y sólo obtuvo esta desconcertante respuesta de un ayudante suyo:

—Tengo la pena de informar a su excelencia que Tinjacá, el indio de su servicio, está gravemente herido.

—¿Y el perro?—dijo Bolívar.

—El perro... el perro también está herido, repuso el oficial en voz baja, considerando la pena de Bolívar, quien partió en su cabalgadura al punto donde agonizaba *Nevado*. El fiel indio, cuando vió llegar al Libertador, le dijo en voz moribunda y apagada:

—Ah, mi general, nos han matado al perro...

Bolívar, oyendo las detonaciones del batallón «Valencey», que se retiró de ese espantoso duelo a muerte exhibiendo un heroísmo digno de España, semejante al del batallón de la Reina que pereció en Venezuela, contempló un instante el cuerpo de *Nevado*, atravesado el vientre por la lanza, y volvió al campamento oyendo las dianas de la victoria.

En sus ojos de fuego, que rasgaban la niebla, había brillado una lágrima, una lágrima de pesar profundo... El hermoso cuerpo de *Nevado* era digno de aquella lágrima



—¿Qué es eso de silbar mientras se trabaja?

—No... tan sólo silbo...

## Pensamiento de Aristóteles acerca de la Monarquía

1. La mayor parte de los tiranos empiezan por demagogos. Atraen la confianza del pueblo a fuerza de calumniar a los hombres más visibles. Algunas tiranías se han formado así en Estados que han alcanzado ya algún crecimiento; otras, más antiguas, las formaron los mismos Reyes, violando las leyes de su patria, porque aspiraban a un poder despótico; también las hubo fundadas por hombres elegidos por sus conciudadanos para desempeñar las magistraturas eminentes allá en tiempos remotos. Por último, no han faltado tiranías que se establecieron en los gobiernos oligárquicos, cuando se escogía un ciudadano para confiarle a él sólo toda la autoridad que dan las altas magistraturas y con ella la soberanía.

2. Gracias a estos recursos, todos los tiranos han podido fácilmente ejecutar sus designios; querer una cosa les bastaba, pues a unos les valía su dignidad de Rey, y a otros la consideración que debían a su magistratura.

3. El temor, las injusticias y el menosprecio, determinan a menudo conspiraciones de los súbditos contra la Monarquía; en lo tocante a injusticias, las que los llevan a conspirar suelen ser los insultos y las expoliaciones. Por lo demás, el objeto es el mismo en uno y en otro lado, en la tiranía y en la Monarquía; la magnitud de las riquezas y el brillo de los honores, constituyen la ambición de todos.

4. Se conspira, a veces, contra la persona del príncipe, y a veces, contra el poder. Las conspiraciones contra la persona tienen por causa los ultrajes recibidos, y como los hay de varias clases, cada una es causa particular de agravio y resentimiento.

5. Hay muchos también que irritados por malos tratos y golpes recibidos, se vengan matando, o a lo menos, intentando matar a los Reyes o a los magistrados.

6. De los motivos que más a menudo traen conspiraciones contra las tiranías, quiero decir, el odio y el desprecio, hay uno que se fija en los tiranos: el odio. Sin embargo, muchos gobiernos tiránicos han caído por el desprecio. La prueba es que la mayor parte de los que se han arrogado el soberano poder, han sabido conservarlo, y que todos los que lo han recibido por herencia, lo han perdido pronto: Como que, sin hábitos de lucha y viviendo en las delicias, no pueden menos de hacerse despreciables y dan frecuentes ocasiones de conspirar contra ellos.



# PODER PROFÉTICO DEL ARTE

por JOSÉ DIAZ FERNANDEZ

Se oye decir a menudo que el mundo atraviesa una época penosa, donde están subvertidos todos los valores que han ido formándose y agregándose a la vida, a lo largo de las vicisitudes históricas. Pero si meditamos con algún reposo y con mediana cautela en esta afirmación que rueda, fría y hueca como un tópico, por la superficie de los medios sociales, venimos a comprender cuánto hay en ella de falso y expeditivo. Todo es cuestión de perspectiva, por utilizar un vocablo de técnica pictórica, que permanece intacto entre la evaporación de fórmulas y estilos. Hasta ahora, lo más sensato para la inteligencia fué tomar una perspectiva de pasado, es decir, recorrer las zonas pretéritas y abarcarlas en su visión totalizadora, a fin de someter el presente y el porvenir a un sistema de deducciones, experimentos y conclusiones. Pero esta prudente actitud se interpreta a veces con manifiesta falsedad. Abundan las gentes tan habituadas a enfrentarse con el pasado que a fuerza de mirarlo andan como el cangrejo: hacia atrás. Y lo peor es que aseguran marchar hacia adelante, inevitable presunción de todo reaccionario, de todo hombre adscrito a lo arcaico. Acaso el hombre verdadero deba mirar al pasado por pura precaución: como el automovilista observa el camino que queda atrás por el espejito del parabrisas. De este modo, no caerá en la nostálgica vulgaridad de Jorge Manrique, ni achacará a una época defectos mayores que a otras.

Un buen punto de referencia para prever las formas sociales del futuro, sin suietarse por completo al antecedente histórico, será el examen de la función artística que marca y colorea también los contornos de la época donde se produce. Si se considera discutible que el arte sea el eco más puro de la sociedad en la cual nace—tal es mi idea—, parece aclarado, en cambio, su carácter profético, su poder de insinuación de los movimientos vitales. Aquí ya tendríamos que utilizar el espejito del parabrisas para ver a Grecia o al Renacimiento, sin entregarnos en absoluto a la filiación escrupulosa de estos momentos culminantes de la tradición artística.

Al hombre actual le interesa tanto el «hoy» como el «mañana». Primero y gran valor de la vida que hoy vive el mundo. El hombre contemporáneo aprecia su misión vital por lo que tie-

ne de actualidad y de presencia. Más que un depositario de la tradición, es un arquitecto de su propio impulso. Ya veremos después a qué arquitectura y a qué gentes me refiero. Porque, como ha advertido últimamente Ernesto Curtius, construcción, y aún mejor reconstrucción, es la finalidad a que deben ajustarse todos los esfuerzos.

No hay que olvidar que habíamos abandonado hacia poco el laberinto del siglo XIX, lleno de clamores gloriosos, de agitaciones resonantes, de desprecio a las cualidades específicamente vitales. Se moría en nombre de la Inmortalidad individual o ideológica de una manera sencilla. Pero era, simplemente, porque la vida física, material, no valía la pena. Valía la muerte mucho más, ya fuese por una mujer o por una causa. La sobreestimación que acusa el romanticismo por los valores sentimentales parece que nacía de las angustiosas condiciones en que se vivía entonces, precisamente cuando la inteligencia atalayaba momentos más ricos para el destino humano. Viajar en diligencia, o sufrir cualquier otro rigor de aquel género de vida, tendría que valorizar muy parcamente la existencia. El progreso mecánico que enseña con soberbia nuestro siglo, equilibra esas dos fuerzas, la espiritual y la física, antes desacordes, y ordena su función dentro de la órbita social. Yo bien sé que el heroísmo y el sacrificio, dioses crueles que precisan generosas inmolaciones, logran cada día un culto más tibio. Pero hay quien cree que esas energías perdurables del espíritu humano tienen actualmente una aplicación más fecunda, puesto que se ponen a servicio de ideales más próximos. Antes, una muerte bella glorificaba toda una vida. Ahora, una vida que no sobresalga espléndidamente, no se justifica con una muerte elegante. Es el predominio de la Categoría sobre la Anécdota que nos enseñó Eugenio D'Ors.

En ese sentido se impone una reivindicación de nuestro tiempo, a pesar de sus grandes equívocos, de sus monstruosos errores, de sus punibles superficialidades. La época del deporte y de la máquina, del invento y del juego, es también la época de la inteligencia y del orden. Cuidado con la palabra orden. No del orden en el sentido restrictivo de ese sarampión fascista que imita a la Roma cesárea como el mico imita al hombre. Se trata del orden en el concepto clásico de armonía, claridad y rigor. Lo que

decía Shopenhauer de una sinfonía de Beethoven: «un orden maravilloso bajo un desorden aparente.» El orden que hay por debajo de todas las revoluciones, que es, sencillamente, establecer una jerarquía distinta de valores vitales.

Lo mismo que las catástrofes geológicas han ordenado un tipo de paisaje, una estructura cósmica que consideramos racional, así las revoluciones ideológicas plasman otros conceptos morales, estéticos y políticos.

El tremendo choque de la gran guerra promovió el traumatismo del mundo. Pero esto no quiere decir que la catástrofe no estuviera prevista, que con anterioridad a ella no notaran los avisados vigías del pensamiento, presagios del gran suceso. Si en un libro de Marx de hace cincuenta años se nos anticipaba una doctrina económica que hoy empieza a estar en trance de ejecución, y en un libro de Nietzsche encontramos la apología de la fuerza, el alcaloide de estos ensayos de dictadura y autoridad que no significan otra cosa que la agonía de un sistema, podremos pensar que la guerra no ha sido más que el trámite final de la descomposición iniciada en el último tercio del siglo XIX por el fracaso del pensamiento esencial que lo informara. Y esta derrota, disimulada y escondida a lo largo del tiempo por la inteligencia occidental, se hizo evidente en los años posteriores a la guerra. Es en vano que la ortopedia autoritaria quiera enderezar y componer métodos de connivencia social que se pudren ya como materiales inútiles.

Se trata, sencillamente, de un cambio de formas vitales que ha de tener su expresión en los distintos órdenes de la obra humana. Esa transmutación de la vida exterior es la que sustituye, por sí sola, la función del individuo como célula social. Por eso decía al principio que esa subversión de valores no existe, sino que ha surgido una nueva valorización. Por tal causa puede decirse que nuestra época es de las más claras y definidas de cuantas ha vivido la humanidad. El maquinismo ha traído, acaso, esta simplificación, que es la cualidad que con más fruición disfrutamos. Porque la conciencia pictórica existe; lo único que ha variado es la dirección de esa conciencia.

Y la dirección reciente de esa conciencia la ha registrado el arte, como antes registrara las futuras turbulencias, las confusiones y luchas que pre-

(Del libro «El nuevo romanticismo», que acaba de aparecer.)

Ayuntamiento de Madrid



cedieron a esta serenidad. Estas cuartinas quieren sostener lo que Hebbel llamó «el poder profético del arte». Puesto que ya parece resuelto el problema de las generaciones artísticas, lo cual demuestra que el arte se desarrolla por ciclos de creación homogénea, será saludable fijarnos en que los artistas atisban antes que nadie las formas vitales del porvenir. Por algo los antiguos llamaron vate al artista más puro, al poeta lírico. Vate, es decir, adivino. La intuición es el atributo del genio, y genio, específicamente considerado, es el creador, el artista que por la gracia de su obra es semejante a un dios. Singulariza el arte la invención y si se trata del arte plástico revelará, mejor que ninguno, la expresión total de las futuras formas vivas. O, con más exactitud, trazará el diseño de la historia que está por escribir, de los movimientos inevitables que han de producirse. De ahí que en el Renacimiento, cuando Miguel Ángel y sus discípulos culminaban espléndidamente, se insinuase ya el barroco que, como estilo, posee indiscutible jerarquía. Las formas artísticas son, pues, con relación a la vida social, unas preformas, una anunciación de las posibles reformas.

Basta una ojeada superficial por la historia para convencerse de esta realidad. Las transformaciones políticas son casi siempre posteriores a las variaciones artísticas. Antes de la Revolución francesa ¿no se advierte el clamor del Romanticismo literario? Y antes de la Revolución rusa ¿no están Dostowiesky, Chejov, Stanislawsky y el mismo Gorki? El impresionismo francés nace en pleno naturalismo. Y es lógico que así sea, puesto que al artista le corresponde inventar, mientras que al sociólogo o el estadista no hacen sino estructurar y organizar la materia que, en forma primaria, después de la crisis, se mueve ante sus ojos. Por eso se ha podido decir que las epopeyas las hacen los poetas y no los guerreros. Vive el Cid porque así lo ha querido el juglar de Medinaceli. El artista es el explorador de vanguardia, el violador del tiempo virgen.

Ahora bien; es indudable que los años de la pre-guerra y de la post-guerra fueron en todos los órdenes, años de caos, de disolución y de titubeos. Se había perdido el norte para los empeños espirituales y en medio de las piras humeantes de las ideas y los sistemas, no aparecía ninguna fuerza severa y firme, dispuesta a recoger y dirigir las aspiraciones sustanciales de individuos y pueblos. El torrente de la conciencia histórica seguía, sin embargo, retumbando en lo profundo, realizando su misión destructora y creadora a la vez. ¿Quién advirtió entre afirmaciones y desma-

nes, entre clamores babilónicos y bárbaras explosiones, ese ritmo gigantesco y claro? El arte, y principalmente el arte plástico.

Era él que estaba más alerta, a pesar de sus «ismos» zigzagantes, de sus contorsiones pueriles, de sus audacias turbadoras. Mientras el buen

burgués vigilaba con los ojos desorbitados las cajas de caudales y los príncipes huían sin equipaje para convertirse en profesores de idiomas o en conductores de automóviles, los artistas prendían en su lienzo el paisaje del porvenir. La vida iba a ser como presentían sus lápices o sus pinceles.

1830-1930

## BOLIVAR, ROMANTICO

*Publicamos una carta que el Libertador Simón Bolívar escribió a su prima Fanny, cuando el gran patriota estaba en las fronteras de la muerte.*

*Es muy interesante desde varios puntos de vista, y revela, en una panorámica inmensa, algunos rasgos de las almas de los héroes. Hela aquí:*

«San Pedro Alejandrino de Santa Marta, 16 de diciembre de 1830.— Querida prima: Te extrañará que piense en tí al borde del sepulcro.

Ha llegado la última aurora; tengo al frente el mar Caribe azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades: a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la sierra, con sus viejos picos coronados de nieve impoluta como nuestros ensueños de 1805; por sobre mí el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grande derroche de luz.

Y tú estás conmigo porque todos me abandonan; tú estás conmigo en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia

Adiós, Fanny.

Esta carta, llena de signos vacilantes, la escribe la misma mano que estrechó la tuya en las horas del Amor, de la Esperanza y de la Fe; ésta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Bocayá y en Carabobo;



—¡Rusia, Rusia! Siempre hablándonos de cosas de fuera; ¿es que estamos mal aquí?

ésta es la letra escritora del decreto de Trujillo y del mensaje al Congreso de Angostura.

No la conoces, ¿verdad? Yo tampoco la reconocería si la muerte no me hubiera señalado, con su dedo despiadado, la realidad de este supremo instante.

Si yo hubiera muerto sobre el campo de batalla, dando frente al enemigo, te dejaría mi gloria, la gloria que entreví a tu lado, a los lampos de un sol de primavera.

Muero miserable, proscrito, detestado por los mismos que gozaron mis favores, víctima del inmenso dolor, presa de infinitas amarguras. Te dejo en recuerdo mis tristezas y las lágrimas que no llegaron a verter mis ojos.

¿No es digna de tu grandeza tal ofrenda?

Estuviste en mi alma en el peligro; conmigo presidiste los Consejos de Gobierno; tuyos fueron mis triunfos y tuyos mis reveses, tuyos son también mi último pensamiento y mi pena postrimera.

En las noches galantes del Magdalena ví desfilar mil veces la góndola Byron por los canales de Venecia, en ella iban grandes bellezas y grandes hermosuras; pero no ibas tú, porque tú has flotado en mi alma nimbada por las néveas castidades.

A la hora de los grandes desengaños, a la hora de las íntimas congojas, aparecen ante mis ojos moribundos con dos hechizos de la juventud y la fortuna; me miras y en tus pupilas arde el fuego de los volcanes; me hablas y en tu voz escucho las dianas inmortales de Junín y Bomboná.

¿Recibiste los mensajes que te envié desde la cima del Chimborazo?

Juventud, ilusiones, sonrisas y alegrías se hunden en la nada; sólo quedas tú como visión seráfica, señoreando el infinito, dominando la eternidad.

Me tocó la misión del relámpago: rasgar un instante la tiniebla, fulgurar apenas en el abismo y tornar a perderme en el vacío.

Adiós, Fanny.

BOLÍVAR.»



# Al margen de la historia

por FRANCISCO BALERIOLA

Todo cambio ideológico necesita apoyarse, para triunfar, en otro económico; toda renovación política tiene que basarse en una necesidad material que la haga posible. Alrededor de todo sistema sociológico se organiza la vida de los pueblos, y una nueva doctrina es siempre el anuncio de un desequilibrio social, así como un malestar en el desarrollo de la actividad nacional es signo seguro de próximas perturbaciones idealistas. Una revolución necesita para lograrse un programa materialista concreto que recoja las necesidades del momento; para sostenerse, un período de reacción en que las fuerzas nuevas destruyan a las vencidas, atacándolas en su base económica, sin dejarse entretener por escarceos doctrinarios. Por no tener en cuenta esto, todos los desplazamientos históricos han abortado o han muerto al nacer. Por olvidarlo, la Revolución francesa quedó reducida a una manifestación lírica; por lo mismo fracasó la República española, y por idéntico motivo se han malogrado todos los intentos de renovación hasta el día, excepto el experimento ruso que, respaldado por un audaz programa económico, ha sabido imponerse y sostenerse; fuera de éste que pudiéramos llamar primero y único cambio efectivo de la historia, los demás conatos han quedado en una especie de variaciones sobre el mismo tema; excepto Rusia, el mundo entero se encuentra hoy en el mismo estado, prácticamente, que hace veinte siglos.

\*\*\*

En efecto, el sentido romano del derecho sigue rigiendo la vida de las naciones; el ideario medieval sigue siendo el patrón de conducta de los individuos (uso los términos romano y medieval como expresiones de momentos determinados en que ciertos conceptos fundamentales adquieren su máximo tipicismo, aun siendo anteriores a los ciclos históricos que, más o menos exactamente, representan dichas palabras).

La organización de las sociedades a expensas de la propiedad ilegal, armoniza con las ideas de religión, monarquía y patriotismo. Las borracheras místicas, las fiebres nacionalistas, las exaltaciones idolátricas de caudillos, de las multitudes, permiten a una minoría explotarlas impunemen-

te. La formación de las nacionalidades se hace a base de unos cuantos tópicos relumbrantes, que permiten la acumulación del resultado del esfuerzo de cada nación en unas cuantas manos ociosas. El fanatismo religioso hace posible esto sin que se desequilibre la máquina social. El cristianismo, sobre todo, ha sido una celestina de tiranías formidable. Más de un señor feudal, al hacer uso del derecho de pernada, o del de horca y cuchillo, se habrá acordado con gratitud de Jesucristo que—claro es que sin tener en ello la menor parte—le hacía posible tales desafueros, gracias al retorcimiento de sus doctrinas. Bien es verdad que, en compensación, es posible que también más de un villano recién casado, futurista él, al recibir a su esposa desflorada por su correspondiente señoría haya pensado con muy poco respeto en todos los misterios de la Iglesia.

\*\*\*

Cuando la tiranía económica amenaza ahogar la vida de los pueblos, empiezan éstos a darse cuenta de la poca consistencia de sus ideales. Cuando los hombres empiezan a sentir lo terrible de sus destinos, empiezan a dudar de la justicia de Dios; a pensar si el patriotismo consiste en sacrificarse por unos cuantos vagos, sinvergüenzas e idiotas; a ver lo grotescas que resultan las testas coronadas sin el oropel místico... O bien, cuando su inteligencia le hace ver todas estas cosas empieza a encontrar insufrible su vida material. El resul-

tado es el mismo. Sin discutir si es el materialismo el timón de la historia, o si, por el contrario, va a la zaga del idealismo (y yo me inclino por lo primero), es evidente la aparición casi simultánea de la necesidad de una renovación económica de la humanidad con un ideario capaz de realizarla, que eche por tierra los viejos convencionalismos.

\*\*\*

El viejo ideario pasa entonces a la categoría de escudo de los intereses creados a su costa—o generadores suyos—, escudo en que se mellan las lanzadas de las nuevas ideas, muy ufanas del estéril placer que les proporciona pelear con estos fantasmas, sin cuidarse de herir el cuerpo que se esconde tras ellos; se convierte en espantapájaros para multitudes que, aturcidas por las migajas de respeto que profesan a estos fantoches, no se deciden a derribarlos, para ver qué es lo que protegen...

Todas las tan cacareadas revoluciones de la humanidad se han reducido, en realidad, a la aparición de algunas doctrinas capaces de desacreditar a las arcaicas en los espíritus de ciertas minorías, sin otra trascendencia para los pueblos. Se han limitado a legislar en teoría lo que no podría hacerse en la práctica, y cuando han logrado imponerse un momento los intereses vencidos a medias los han derribado o aprovechado para sí.

\*\*\*

Rusia, atacando el mal en su base (la abusiva propiedad de la tierra, la injusta explotación del esfuerzo ajeno), ha conseguido el primer triunfo. Derribada su razón de ser, han caído por su base el parasitismo religioso, el militar, el monárquico, el patriotismo interesado y estúpido. Su ejemplo—modificado por las características esenciales de cada país—no tardará en seguirlo el mundo entero. Ya se nota en España la proximidad de una dictadura comunista, a que está fatalmente condenada por su actual política; hay indicios de ella en algunos países americanos, puede profetizarse su implantación en Italia en plazo breve; y no tardará en ser, desgraciadamente para nuestra generación pero en bien de la historia, una realidad general.



Ninguno tiene obligación de obedecer al que no tiene derecho a mandar.

CALL

—¿Usted cree que las acusaciones de Saldaña son ficticias?

—No. Yo creo que las acusaciones de Saldaña son reales.

Ayuntamiento de Madrid

Los pueblos a quienes no se hace justicia, se la toman por sí mismos más pronto o más tarde.



# Raffles

El doctor Segura, humilde entre los humildes, posee, para su uso particular, tres automóviles.

Se ha puesto de moda el título de dos poesías atribuidas a Espronceda: *La Desesperación* y *El arrepentimiento*.

Agradecemos sinceramente a los muy Rdos. *Papás* Escolapios, la propaganda gratuita que nos hacen.

La Cierva y Pemán,  
¿van o no van?

El Padre Santo se ha hecho instalar un teléfono, cincelado, de oro. Además se llama el siervo de los siervos de Cristo.

Podrá haber elecciones en marzo; pero ya no con Marzo.

Porque el ministro se nos ha ido.

Franco, el comandante aviador, ha volado.

Esto es muy natural en un aviador, digan lo que digan los termómetros gubernamentales.

Por volar dos veces, se ha hecho dos veces famoso.

Una a Buenos Aires, otra a variar de aires.

¡Volar! Subir al espacio que tanto misterio encierra y contemplar a la tierra en su estuche de topacio.

Volar hasta la más alta de las regiones del cielo y hallar lo que en este suelo nos está haciendo gran falta.

¡Volar! Ruta de progreso para la que no hay atajo, y decir a los de abajo:

¡Adiós! ¡Ahí queda eso!

Sin dimitir el dictador, general Berenguer.

Sin que se vea una solución a la crisis inminente del régimen monárquico,

Sin que se haya derogado el odioso Código de la Dictadura.

Sin que se haya exigido responsabilidades a los que las contrajeron en el desastre de Anual.

Sin que se vea la posibilidad de restablecer la vergüenza constitucional en España.

Sin que se vea por parte alguna un acto de justicia del Gobierno.

Sin hacerse la revolución.

Contrasta la verdad oficial con las medidas adoptadas.

Se encarcela a los republicanos significados, se provee a la Policía de todo el material sobrante de la guerra europea, que no se pudo utilizar en Marruecos.

Pero oficialmente no pasa nada. Reina la tranquilidad más completa.

Un chusco madrileño puso en moda hace años, una frase castiza, que se ha hecho inmortal.

Esta frase es: ¡Que te crees tú eso!

Los Ayuntamientos de España siguen entregados a las manos irresponsables de gentes afortunadas que deben el puesto al manejo o a la influencia.

Estos últimos días hemos recibido infinidad de saludos muy atentos de gentes que hasta ahora no nos podían ver.

Pero se equivocan. No nos convencerán con sus palmaditas en el hombro ni con sus sonrisas de conejo.

Se dieron a conocer antes de hora.

El político del oportunismo y de la «barra» (hemos nombrado a Cambó) piensa lanzar un manifiesto al país.

No se moleste, don Francisco; al país le interesan tanto sus manifiestos como las notas oficiosas.

El ministro de Marina—que por lo visto ha perdido la brújula—ha dicho que tendríamos Gobierno Berenguer para rato: cinco años.

Estos marinos, así que están en tierra firme, no hacen más que el ridículo.

Ya viene Cambó, con su barba postiza, su nariz de israelita y sus valores en cartera. Viene y lo primero que dice es una grosería: «Cuando yo necesite a la Prensa, ya la llamaré.»

Pero ¿qué se ha creído este pobre debe a un cubileteo caprichoso de la deb a un cubileteo caprichoso de la suerte? Cambó político, es una medianía, que lo ha hecho tan mal, por lo menos, como Romanones o García Prieto. Cambó financiero debe su auge a haber sido ministro de Hacienda. Cambó intelectual, es un filisteazo de quien se ríen los verdaderos intelectuales en Barcelona, en Madrid y en Constantinopla. En suma: Cambó es un *senyor Esteve*. Un nuevo rico en todo.

Un *pediculus capitis* resurrexit.

(Y el que sepa latín, que traduzca.)

«Cuando yo necesite a la Prensa, ya la llamaré.»

Pero, señor Cambocete, ¿se ha creído usted que la Prensa es el señor Estelrich?

No debemos olvidar los preceptos sanos: «Odia el delito y compadece al turista.»

Los turistas van a organizar una función de aficionados.

Representarán «Raffles», y hará de protagonista el señor Sangróniz.

La apelación al extranjero constituye una falta de patriotismo, según afirman los plutócratas y los palaciegos.

Pero ellos—como ha escrito Azorín—colocan sus capitales en Londres, visten trajes ingleses, compran sus automóviles en los Estados Unidos, se divierten en París e instruyen a sus hijos en Bélgica y Alemania.

El patriotismo lo reservan para firmar en A B C y protestar contra la inteligencia, que, naturalmente, no es plutocrática ni palaciega.



# Liberales anti-liberales

por A. HURTADO DE MENDOZA

La revolución comunista, aparte de su enorme significado en sí, ha producido un tipo de *liberal*, que de tan liberal rebasa la línea y cae en el terreno del reaccionario. Del reaccionario a lo curoide pueblerino o a lo prelado de Vitoria. Estos hombres, en sus años de hermético Seminario, oyeron fulminar contra todo aquello que no exhalara un obligado olor a incienso. Y fieles a esta conminación se conducen en la vida, de una manera lamentable. Todo—para ellos—lo que no despidiera un olorillo a sacristía, al cesto, irremisiblemente. Naturalmente: sus actos en la vida son de una mezquindad judía. Faltos de cultura, arrinconados en sus rancias creencias, actúan en la vida de una forma imperfecta. El inculto está tan imposibilitado como el manco o el cojo para desenvolverse, ha escrito Ortega y Gasset.

El tipo específico de *liberal* que nos ha traído la U. R. S. S. no es menos execrable que el reaccionario curoide pueblerino o prelado de Vitoria. Este tipo de *liberal* repudia la revolución comunista porque—¡al fin!—ha precipitado en una Dictadura: en la Dictadura del proletariado. Dictadura para él es tanto como poder abusivo ejercido por una minoría que constriñe a una mayoría. Perfectamente. Además: teóricamente, con arreglo a cualquier tratado de Derecho Político, Dictadura no es ni más ni menos que eso: ejercicio abusivo del Poder por una minoría en contra de una mayoría. Pero...

Es el caso que la Dictadura del proletariado no se encuentra en ningún tratado de Derecho Político. «Entre la sociedad capitalista y la comunista—escribió Marx—hay un período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde una etapa política durante la cual el Estado no puede tomar otra forma que la de la Dictadura revolucionaria del proletariado.» Estos liberales repudian la Dictadura del proletariado, porque creen—según ocurre con las demás Dictaduras—que bajo ella no acampa la democracia. Bajo la Dictadura no cabe—por cierto—un imperio perfecto de la democracia. Sencillamente: porque su fin no es restaurar la democracia, sino «destruirla» todo rescoldo del Estado capitalista derrocado. La Dictadura proletaria procede de la caída de un Estado capitalista y, por tanto, conserva alguna de sus imperfecciones; pero prepara el terreno al advenimiento de la sociedad sinceramente comunista. De la Comuna, como Engels la designó. Cuando haya logrado su propósito,

«paulatinamente» desaparecerá. Pero aun aquí no creamos—ingenuamente—que el advenimiento de la sociedad comunista se realiza de sopetón. Tiene dos fases: fase inferior o «primera», como decía Marx, y fase superior de la sociedad comunista.

«En la fase superior de la sociedad comunista, en la cual desaparece la sujeción a la división del trabajo que esclaviza al hombre; en que desaparece, junto con ello, la oposición entre trabajo manual e intelectual; en que el trabajo deja de ser un medio de subsistencia para convertirse en la necesidad primordial de la existencia; en que, junto con el desarrollo total de los individuos, aumentan las fuerzas productoras y todas las fuentes de riqueza social manan abundantemente, sólo entonces se podrá superar el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: *De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades*».—Marx.

Para destruir el Estado capitalista hay que recurrir a la violencia, a «la revolución armada». En cambio: la Dictadura proletaria finaliza su vida sin necesidad de violencia: por «langüdecimiento paulatino».

«Para la desaparición completa del Estado es necesario el comunismo íntegro.»—Lenin.

«El Estado es un producto y una manifestación de los antagonismos irreconciliables de clase.»—Lenin.

«El Estado no podría nacer ni mantenerse si fuera posible la reconciliación de clases.»—Marx.

La Dictadura es, ciertamente, repudiable cuando actúa como escudo de los intereses de una minoría explotadora. Pero la Dictadura del proletario que, por el contrario, se dirige sin remilgos a «barrer» todo resto de explotación minorista, es plausible. «A los obreros les hace falta el Estado únicamente para aplastar la resistencia de los explotadores, y esto puede ser realizado solamente por el proletariado, por ser la única clase revolu-

cionaria hasta el fin, la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía para abatir su dominación.»—Lenin.

Por tanto, es un error repudiar la Dictadura del proletariado por el solo hecho de haber adoptado un nombre de gobierno repudiado por cualquier tratado de Derecho Político para uso de Estados burgueses. ¿Es contra la democracia la Dictadura del proletariado? Al contrario: ¡abona el terreno para su más sincero imperio!

De lo que se deduce: que si esos liberales profundizaran en la revolución comunista, saldrían a flote libres de su error. Error puramente teórico. Con obstinación imbécil se pretende encasillar la revolución comunista en los tratados de Derecho Político, Moral y Sociología, para uso de los Estados capitalistas. Y hay que partir de una base: la revolución comunista no tiene precedentes en ninguno de esos ficheros de tratados para uso de Estados en los cuales se comercia con el capital, se acapara la propiedad agraria y cuando unos hombres piden un salario anti-feudal, una institución armada—llámese Policía, Guardia civil o x—, para defensa de la burguesía, los tiende en tierra como si tal cosa (1). ¡Qué gran imbecilidad que-

(1) «Al presente nos empleamos en concebir un gobierno feliz, por lo menos en nuestro modo de entender, en el cual no ande repartida la dicha entre una pequeña minoría de particulares, sino que sea común a toda la sociedad.»—Platón: «La República», pág. 198, t. I.

«El mayor mal de la sociedad, ¿no es, por desgracia, aquel que la divide y que de una sociedad hace muchas? El mayor bien, al contrario, ¿no es aquel que enlaza todos sus miembros y la hace una?», página 282, t. I.

«... hemos comparado en este punto una República bien gobernada al cuerpo, cuyos miembros todos se resienten en común del placer y del dolor de un solo miembro», pág. 4, t. II.

«¿Qué entrada encontrarían además los pleitos y querellas recíprocas de unos contra otros en una sociedad donde, por decirlo así, nadie tendría nada suyo salvo su cuerpo y donde todo lo demás sería común? Ellos ignorarían, pues, hasta el nombre de alborotos y disensiones, que por lo común nacen entre los hombres con motivo de sus bienes.» Pág. 6, t. II.

«... el legislador no debe ponerse por objeto la felicidad de un cierto orden de ciudadanos con exclusión de otros, sino procurar por todos medios la felicidad pública: reuniendo con esta idea los intereses de todos, obligándoles con la persuasión y con la autoridad a darse parte unos a otros de los provechos.» Pág. 109, t. II.

**Librería y Editorial Madrid, S. A.**

**Arenal, 9.**

**Apartado 908**

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Pida catálogos y boletín trimestral.

Ayuntamiento de Madrid



rer encasillar la revolución comunista en los tratados de Derecho Político, Moral, Sociología, que, pese a su «sapiencia», no han logrado nada desde hace siglos! Naturalmente: cotejada la revolución comunista con estos agarbanzados patrones, tiene que resultar algo extra-terreno.

Pero para los que anhelamos un sincero cambio social su mejor galardón es ese: «sin precedentes en la Historia de los Estados burgueses de todo el Mundo».

¡Sin precedentes!—hemos escrito—. Muy bien. Pero no quiere decir esto que no tuviera su peana científica: el Comunismo. No olvidemos que el Comunismo—como forma de gobierno—siempre ha ocupado los últimos renglones de los tratados de Derecho Político para uso de Estados capitalistas.

## PASTILLAS KLAM

### CURAN LA TOS

POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA

¡PROBADLAS!

La primera caja convence.

**Sólo cuesta tres reales.**

Venta en farmacias y droguerías.

«En conducción ordinaria» entre la pareja de dos paréntesis de excepticismo conmisericordioso. Sus teorizantes más egregios: Marx y Engels, los hemos visto siempre citados con la conmisericordia que la crónica de sucesos cita al perturbado que «altera el orden callejero». ¿Dónde, pues, quieren entonces esos señores encajonar la revolución comunista? ¡Vaya usted a saber!... «El especialista sabe muy bien su mínimo rincón del universo; pero ignora de raíz todo el resto. Habremos de decir que es un sabio-ignorante, cosa sobremanera grave, pues significa que es un señor el cual se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como un ignorante, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio.»—José Ortega y Gasset.

A la revolución comunista—a la U. R. S. S.—hay que dirigirse como los israelitas a Jericó: describiendo grandes círculos concéntricos, disminuyéndolos de radio hasta cercar en su más íntima esencia. Una sacudida social que hizo saltar el mercurio de los termómetros de la burguesía zarista, no puede ser juzgada con una base científica, filosófica, social, literaria, o intelectual burguesa. Esta base, al dirigirse a la U. R. S. S., hay que dejarla colgada en la percha y sólo portar el principio socrático: «No sé» que es la única manera, en definitiva, para saber algo.

## Sánchez Guerra o las circunstancias

*El señor Sánchez Guerra es un hombre extraordinariamente emotivo. Su emotividad bien aprovechada por los que intentan restaurar las buenas relaciones del señor Sánchez Guerra con la Monarquía, pudiera dar lugar a alguna reconciliación enternecedora precedida de apoteosis.*

*Según se dice, los señores Matos y Rodríguez de Viguri preparan el gran truco. Estos antiguos amigos del ex jefe conservador tratan de volverle al redil. El procedimiento no puede ser más sencillo actuando Matos de embajador palaciego y Rodríguez de Viguri de fabricante de actas de diputado. No hay más que abrir la mano del favor para que salgan diputados muchos amigos del señor Sánchez Guerra y, una vez en el Congreso, apoyar la candidatura de don José para la Presidencia. El discurso presidencial se prestaría a dar rienda suelta al lirismo emocionado del señor Sánchez Guerra y a consumir el desagravio por su otro discurso sentimental: el de la Zarzuela. En estas condiciones la Monarquía no tendría inconveniente en acoger en su seno al hijo pródigo y el ilustre político ya lavado de sus culpas quedaría en disposición de recoger ¡tal vez! la herencia ministerial de Berenguer.*

*Al lector le parecerá todo esto un cuento absurdo, indigno de ser tomado en serio por nadie. Sin embargo, nosotros que conocemos muy bien la desfachatez y la inconsciencia con que actúan nuestros políticos, no nos atrevemos a calificarlo de inverosímil.*

*Porque ya se sabe que las circunstancias mandan y que el señor Sánchez Guerra es un hombre extraordinariamente emotivo.*

LEA USTED

NUEVA ESPAÑA



JOSE LOPEZ REY.—*Los estudiantes frente a la Dictadura*.—Ediciones Morata.—Madrid.

El joven escritor y doctor en Filosofía y Letras, José López Rey, ha reunido en este libro todos los documentos relacionados con el conflicto universitario, que tanta resonancia tuvo en la vida española. El juicio siempre acertado de López Rey y el comentario vibrante van unidos a todos estos documentos, constituyendo el libro un relato completo de las aspiraciones universitarias y de los motivos que dieron pública exaltación a la generación estudiantil de 1929. López Rey, recogiendo notas oficiosas, manifiestos y comentarios de Prensa, nos ofrece el verdadero documento de este episodio universitario, al que su autor en el prólogo dedica estas palabras: «Recluyámonos, ahora en nuestros laboratorios, en nuestros gabinetes de trabajo. El deber primero de la generación universitaria y escolar que bregó serena y arriscadamente en defensa de la cultura, es demostrar que sus hombres aman y procuran el servicio de ésta en el trabajo profesional.»

El nuevo libro de López Rey, por su valor informativo y su importancia documental, quedará entre las publicaciones españolas como relato fiel del episodio de 1929.

ISAAC PACHECO

## ESTERAS

**Terciopelos mitad de precio. Lino-  
leum, 6 ptas. m2. Salinas, Carran-  
za, 5. Teléfono 32370.**

SUCESOR DE  
**E. PARELLA**  
FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028  
TELÉFONO 32.254

**38 AÑOS**  
**DE PRÁCTICA.!!**  
**QUINTANA 33. MADRID**



# A NUESTROS AMIGOS. A NUESTROS LECTORES

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

NUEVA ESPAÑA debe llegar a ser el primer semanario de su clase en nuestro país. Los que le hacemos, no le regateamos esfuerzo alguno, alentados por el éxito creciente que nuestra revista viene alcanzando. Y llegaremos a la meta del éxito tanto más pronto cuanto más eficaz sea el concurso que cuantos leen NUEVA ESPAÑA y simpatizan con sus postulados.

**BOLETIN DE SUSCRIPCION**

D. ....

de profesión ..... que vive en .....

provincia de ..... calle .....

..... AÑO .....

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Con sólo **2 céntimos** de gasto y una pequeña molestia, pueden nuestros amigos coadyuvar prácticamente al éxito de NUEVA ESPAÑA.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....  
de profesión ..... que vive en .....  
provincia de ..... calle .....  
núm. .... piso ..... se suscribe por un AÑO  
SEMESTRE a la revis-  
ta "NUEVA ESPAÑA", y remite por giro postal, núm. ....  
la cantidad de  $\frac{DOCE}{SEIS}$  pesetas, importe de la referida suscripción.

**FIRMA**

**No se dará por válida ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe total.  
Es muy conveniente llenar este Boletín a máquina.**

## LISTA DE AMIGOS SUSCEPTIBLES DE SER SUSCRIPTORES DE "NUEVA ESPAÑA"

[illegible]

**Franquear con un sello  
de 2 céntimos.**

*Lista remitida por D.*

**residente en** ..... **calle** .....

Provincia de

**A recortar y remitir a la Administración de NUEVA ESPAÑA**  
**9, calle de Tudescos, 41 - MADRID - Apartado 555**